

86

8

OS



ALBERTO MASFERRER

53

PÁGINAS

SAN SALVADOR.

1893

ÍNDICE.



- Carta Literaria	5
- Tragedia	10
- Cólera	16
- La Imprenta	19
- Zorrilla	23
- Niñerías	29
- Periodismo	38
- Paráfrasis	42
- La Literatura en El Salvador	45
- Notas	57
- Montalvina	61
- Escuelas	63
- Sombras	66
- Ashtá	72
- Odio	78
- Antonia Galindo	88
- Un honorable	94
- Duelo	99
- Historia de mis versos	104
- Pesadilla	110
- Justicia	114

PRÓLOGO.



I

Ha sido y es usanza que en estas primeras páginas de un libro, se espacie el encarecimiento de los méritos que en él sobresalen, y más por impulsos ciegos del afecto que por leal homenaje á la verdad. Yo que he puesto mi pluma siempre al frente de las causas que requieren desde luego el embate de todas las potencias, digo que encuentro en las páginas maestras de este libro las fuerzas y las claridades que en lucha dolorosa y fecunda realizan el ideal soñado por la humanidad. Utopías imposibles hoy, mañana hechos consoladores, orgullo del hombre; estos los ensueños

generosos que alientan quienes tienen puestos los ojos de su alma en las alturas. Obras como esta, se presentan á la mirada de los pueblos que duermen despiertos, con el aspecto imposible que revisten las visiones del delirio. Masferrer da como golpes de ala que sacuden y levantan los espíritus, infundiéndoles despertamientos vigorosos. Su palabra, que convence y conmueve; sus ideas siempre impelidas á lo alto, le señalan puesto eminente en la aristocracia de la literatura; sus palpitaciones de corazón que siente las cosas grandes, le abren el de cuantos buscan la belleza como medio, y como fin el mejoramiento de los hombres.

Hoy sobra encontrar en el escritor al artista del pensamiento y del lenguaje que tiene en más la forma seductora que la esencia de los co-

sas. Masferrer sacude con orgullo de león la tiranía de las escuelas literarias, y abre una nueva era en la historia de la literatura patria. Y él es artífice: su buril, de acero templado al golpe mismo que modela la forma pura; mas en yendo de esa exterioridad hermosa á lo principal, fascina el ánimo con amor y respeto la personalidad altiva de una conciencia inquebrantable. El ejemplo del gran carácter es omnipotente. En los escritos que honran estas páginas, la generación actual encontrará los jugos olímpicos engendradores de esa fuerza con que los pueblos viriles alzau el brazo y dilatan los horizontes de su destino.

II.

En esta edad de combate, la mansedumbre paciente que admiramos

en Cristo, que sucumbe, desaparece en el hombre, que debe dar el ejemplo de sobrevivir en el triunfo. La musa de Masferrer es la cólera santa con que el mismo Jesús empuña el látigo y así lo pone en las manos del hombre para elevar á éste á semidios castigador de inícuos. La musa de Masferrer, ¿acaso bate sus alas de águila desesperada bajo una bóveda de acero?

“Cólera, santa cólera, mi musa eres tú.

Golpea mi cabeza; recoge en tu ancho manto todas las bestialidades, todas las injusticias, y arrójalas sobre mi alma. Quiero sumergirme en este mar de cieno, quiero angustiarme con las exhalaciones de este pantano, quiero verme cubierto por ese alud de andrajos! Yo tengo fuego para consumir todo eso: desplegaré mis alas, lanzaré lejos de mí la

podredumbre humana y alzaré el vuelo á las regiones luminosas donde reina el sol”

Alma generosa que tanto puede, no dilata sus fuerzas bajo espacio limitado. Allá, en esas regiones luminosas, se conmueve su corazón con enternecimientos maternales, y exclama: “Sabes lo que es un niño? Manjar apetitoso que comemos de mil maneras: á besos, á miradas, estrechándolo, aspirándolo como á una flor. La boca no conoce sensación más dulce que la de chupar dos manecitas rollizas y manidas, y los piés, los piecitos son á veces tan provocadores, que mucho puede la voluntad cuando evita cortarlos de una sola dentellada. Los niños... á todas horas queremos saborearlos, y á todas horas, en tanto sentimos su contacto salvador, no hay remedio sino que nos volvamos locos de alegría y nos

sintamos buenos y nos vengan deseos de llorar y de bendecir á Dios”

Quién dice que la musa de Masferrer es la cólera? Corazón dichoso: si ama con tan dulce amor á los ángeles que llamamos niños, está más cerca de la aurora que del abismo negro. Corazón que entraña sentimiento, así semejante á la estrella de la mañana, si siente cólera, esa es transformación del amor del bien, amor infinito. El astro sonríe en el azul de los cielos, pero en su sonrisa de luz está hirviendo el fuego del rayo.

Desde el Bravo del Norte hasta el estrecho de Magallanes, la pluma, humeando incienso, pone á chirriar sobre sus goznes la caja fuerte de los poderosos. Masferrer, indignado exclama: “No manchemos la purpurada clámide con las inmundicias de la tierra; no arrastremos

las doradas alas sobre el fango que mata; no seamos ingratos para con Dios, dando á la necesidad ó á la infamia lo que él creó para la belleza y para el bien.

Para eso, vale más romper la pluma en mil pedazos y perdernos entre la muchedumbre de los que son oscuros, pero limpios de corazón.”

Detrás de estas palabras, que sueñan agradablemente á los corazones limpios, están viendo los lectores la austera fisonomía moral del hombre afortunado que puede pronunciarlas.

¿Para qué el poderío de la inteligencia y la veste del arte, esas alas de luz por las alturas, si realizando intentos divinos; de sombra y asco si traen á hechos infames acechanzas? Romper la pluma en mil pedazos ó sepultarla en inmovilidad altiva como de amenaza, esto es propio de los caracteres llamados á ser

los faros de salvación. Ejemplo así, es faro de luz gloriosa. En medio á la general oscuridad, se mantendrá erguido, acariciado por el relámpago y el trueno.

Masferrer fulmina contra los mercaderes de almas; contra los duros de corazón; contra los oscurecedores de los pueblos; contra todo cuanto trae manifiesta la revelación del pecado y del crimen.

Ahora escuchad sus alabanzas: pálida la faz, dirige sus pasos al recinto solitario donde gravita sobre todo el silencio de la muerte: allí, cruzado de brazos, oreada la frente por el soplo como de eternidad que estremece el ciprés de los sepulcros, se inclina ante los de Antonia Galindo, José Zorrilla, Benito Ortiz; deplora la ausencia de esos príncipes de las letras, y rompe en llanto

sublime ante la tumba de este, su bienhechor un día.

III

Ah! en los nobles arrebatos de la juventud encontramos calor de vida cuantos tenemos el corazón moribundo bajo el puñal del desengaño. La juventud es el tabernáculo donde la humanidad mira alzarse á los cielos el fuego sagrado de la esperanza: ese fuego se acrecentará; coronará triunfante el Aventino en que hacen pie firme, á sus claridades, los Marios invencibles que dan de sí todos los pueblos. La musa de Masferrer, esa que en ímpetu divino yergue la frente bajo los alientos profundos del espíritu creador, es la musa del genio. Su palabra arrebatadora, en alas de la memoria trae á lo alto de mi alma esta estrofa de

de la eminente poetisa Matea Lorenzana:

Yo no he nacido para hollar alfombras
Al brillo de una luz suave y extraña:
Yo vine al mundo para herir las sombras
Con luz de rayo y grito de montaña.

IV

El Sol mismo tiene manchas, pero estas son resplandecientes. Masferrer tiene el calificativo de donoso por pleito homenaje que el idioma rinde á los merecimientos del insigne hablista Donoso Cortés, y así pone de manifiesto cómo al varón justiciero le posee con tanta vehemencia el sentimiento del deber, que en ocasiones mira realidades sus nobles intenciones.

V

Alma de repúblico que tiene her-

manos sólo en las edades de la antigua Roma; estilo armipotente; alas que corazón y pensamiento baten á un tiempo, ya en las profundidades horribles de la noche, ya en los espacios azules del Oriente, y allí, cumbre que se impone; este conjunto de poderío intelectual y moral forma la personalidad de Masferrer.

Joven es en el tiempo de la vida; mas en no dar cauce dentro el pecho á sentimientos ajenos á la austeridad de su carácter, es como hombre de edad proveyta. Es de estos que, si miran abrirse á sus pies los pozos del abismo, los anegan de su alma, los tornan erupción de claridades inextinguibles. Para estos así, el amor y el odio de los seres de la tierra, no les importa; para estos así, aun el renombre propio es asunto de menosprecio: su intento único, realizar el bien en todo, por

intenso amor del bien. En el fondo de su alma, resplandece la pupila de Dios.

VI

LA VIRGEN EN LA SILLA, de Rafael, es obra maestra del genio. Allí donde el observador la contempla, abajo, arriba, á la izquierda, á la derecha, á todas partes le sigue la mirada indefinible de aquellos ojos negros, semejantes al fondo de la noche estrellada. Quien ponga los suyos en estas páginas, sentirá sobre sí como una mirada formidable que escudriña los aleteos de su pensamiento, las palpitaciones de su corazón. Los destellos de obras así, riegan en el alma de todos los pueblos.

ANGULO LEWIS.



A mi padre,

don Enrique Masferrer.

CARTA LITERARIA.

Tú y yo somos dos locos, dos notas discordantes en el concierto de la vida social. Adónde vamos? qué nos proponemos? cuál es el término de nuestro camino? El dios oro, no es nuestro dios; su brillo no encendería una sola chispa ni en nuestro cerebro ni en nuestro corazón. Es desprecio? es orgullo? no: es la confesión humilde de nuestro escaso poder para alcanzarlo honradamente, pero es también el noble propósito de no comprarlo á trueque de infamia. La pobreza así, es santa.

La gloria es mentira tan hermosa, que seduce á las almas de mayor temple. Mentira, en cuanto muchas veces la ciframos en cosas nulas; bien puesta, es lo más alto que puede alcanzar la mirada. Gloria de

ser útiles, gloria de limpiar conciencias, gloria de ser caballeros de la justicia, castigadores de lo negro, es gloria excelsa que nos lleva á la diestra de Dios Padre. Que nos sea difícil, imposible hacerla propiedad nuestra, no es el caso; desearla, ir en su busca á toda hora, es conveniencia y deber.

Heos aquí en pleno idealismo, dirás. Y por qué no? Si lo real es la verdad acomodada á nuestra condición de seres imperfectos, lo ideal es la verdad conforme á nuestro destino futuro de criaturas privilegiadas. Dame lo real hasta donde baste para conservarme humilde, para no volverme loco, para no dejarme aprisionar por la soberbia, para no ultrajar á la Naturaleza; pero no me cortes las alas, no me impidas que mire hacia arriba, no sea que á fuerza de pensar en la tierra me olvide del cielo y de Dios.

Si por medio de la experiencia nos elevamos á las ideas puras, de las ideas puras descendemos á las más hermosas conquistas materiales. El águila baja para apoderarse de su presa, pero para ver á ésta, se ha cernido antes sobre las nubes. Éntrate por la selva inextricable y pídele sombra para tu reposo, jugos para tus do-

lencias, madera para tu habitación, leña para tu hogar, frutos para tu alimento; pero no olvides que sobre tu cabeza está el Padre Sol, fecundador de la selva; póstrate, pues, y dale gracias.

Alma y cuerpo; lo ideal y lo real: esta es la síntesis.

Estábamos hablando de la gloria? Quería decir que ella debe ser la recompensa, pero no el único propósito. Esperarla, estar ciertos de que vendrá si la merecemos; pero entender que aunque nunca llegara, nuestra obligación queda en pié: ella manda á cada uno llevar su óbolo, su grano de arena para la gran obra: el mejoramiento humano. Una sonrisa al mendigo, un pan al huérfano, un consejo á la prostituta, una lágrima á la inocente engañada, una lección al ignorante, un latigazo al seductor, una bofetada á los ruines, si es que, estorbados de nuestra flaqueza, no podemos abrasarnos en el fuego de la caridad que llora por buenos y malos, que exige al cielo la recompensa de los justos y el rehabilitamiento de los pecadores.

Errado anduve al decir que éramos notas discordantes en el concierto de la vida. Nada de eso. Al contrario, ajustando nuestros actos á tan hermosas reglas, lejos

de ser borrones, seremos brillantes pinceladas; lejos de romper la armonía humana, formaremos la nota predominante; lejos de entrar en la gran máquina como piezas inútiles, serviremos de eje al mecanismo social.

Pero ¿y el arte? dirás. Ah! el arte por más que digan, no padece menoscabo, poniéndose al servicio de la justicia; el arte, manifestación suprema de la belleza, no puede ser enemigo de la suprema idea, que es el bien. Será menos admirable el Sol porque vivifique los mundos? Será la estrella del polo menos hermosa porque sirva de guía á los errantes del océano? Serán menos bellas las nubes voladoras porque arrojen sobre la tierra el agua fertilizante? Será el rayo menos sublime por que trasmite el pensamiento? Y advierte que Naturaleza, la gran artista, pone en todas sus obras algo que ayude á realizar fines provechosos.

Pero yo no exijo que esclavices el arte; no quiero que cortes las alas al cóndor encantado de la fantasía; no quiero que unas al yugo el cuello regio del león; no quiero que traigas el roble altivo á productor de espigas: lo que pido es que si ese cóndor, al hender los aires en busca de la

luz, ve un pajarillo expirante de hambre, descienda un momento á buscarle un grano que le recobre las fuerzas; que si el rey de la montaña encuentra á su paso á la feroz pantera, pronta á devorar al tierno cervatillo, deje caer su garra poderosa sobre el verdugo; que si el roble enbiesto mira pasar bajo su copa al anciano desvalido, le abandone una de sus ramas para que le sirva de báculo.

Si me dices que solo á los genios les es concedido tal poder, bien está: nosotros, los humildes, no podremos llegar hasta ahí; seamos, por lo menos, sinceros, compasivos y dignos. No manchemos la purpurada clámide con las inmundicias de la tierra; no arrastremos las doradas alas sobre el fango que mata; no seamos ingratos para con Dios, dando á la necedad ó á la infamia lo que El creó para la belleza y para el bien.

Para eso, vale más romper la pluma en mil pedazos y perdernos entre la muchedumbre de los que son oscuros, pero limpios de corazón.

TRAGEDIA

DESCRIBIR es á veces un deleite, otras, provechoso ejercicio de la inteligencia. Pero hé aquí un caso en que los rasgos de la pluma son como heridas que uno mismo se da; en que el entendimiento trabaja dolorosamente á impulsos de la duda, escollo siniestro que detiene ó despedaza las esperanzas y las convicciones.

Cerca de mí se perpetra un asesinato, una tragedia horrible y sombría que yo no quiero evitar por no cometer atentado contra los derechos del verdugo al defender los de la víctima.

¡Los derechos del verdugo! habéis oído?

En la red de una araña acaba de caer una hormiga. Estudiad á los actores de tal drama y veréis cómo no se encuentra nada más misterioso, repugnante y extraño: la araña, sér débil, cobarde, solitario, insociable, de limitado instinto, de espec-

to repulsivo, atrayente sólo en cuanto es miserable y perseverante. Por otra parte, la hormiga, el insecto rey, activo, tenaz, industrioso, capaz del sacrificio y del heroísmo, que vive en sociedad perfecta, el único que en ocasiones burla al hombre con su osadía y con su astucia.

Ahora: estos dos séres, son dos almas? tienen igual derecho á la vida? la incontestable superioridad del segundo, no exige una pronta intervención en su favor? es bueno ó es malo permanecer neutral en esta infame lucha, en la que inteligencia, fuerza y energía están dominadas por esa malla pegajosa, que no es sino una traición materializada?

*
* *

Qué movimientos oscilatorios! qué sacudidas! qué contorsiones! qué saltos poderosos! qué manifestación suprema de la excelencia del organismo puesto en acción para desasirse de las odiosas hebras! Esfuerzos inútiles; toda esa cólera del sér que va á morir como ha vivido, luchando, es vana.

Qué hace, entre tanto, el cazador? Espera, sin impacientarse, el abatimiento de

su presa. Su tela lo hace todo, y contra esa tela, cualquier esfuerzo está demás. Hay en ella una tenacidad que pasma; en su delicado tejido se esconde una como inteligencia. Necesidad imperiosa de matar el hambre, supremo instinto de la vida, resistencia tenaz á la desorganización; ahí están en esos filamentos salidos de las entrañas del solitario animal.

La lucha parece terminada; mas de pronto la hormiga se agita en convulsiones espantosas: sus patas golpean los hilos con increíble furia; las antenas oscilan, avanzan, se estiran, se recogen, buscando al enemigo; las tenazas, atentas á esta exploración, dan terribles dentelladas, cortan á derecha é izquierda, rompen, destrozan, arrollan: nada resiste á los esfuerzos del moribundo. Va á salvarse, va á salir de su asquerosa cárcel, va á quedar libre, en fin, medio muerto pero triunfante. Ah! es la crisis que precede á la muerte! La araña lo sabe. Acérese cautelosamente y empieza á trabajar. Y qué trabajo tan odioso! Por cada hebra que se rompe, una nueva envuelve á la hormiga, y ésta se ensaña contra sí misma, triturando sus patas y antenas con las poderosas mandí-

bulas, movidas con desesperación en los paroxismos de la muerte.



Todo ha concluido: el más valiente, el más poderoso está á merced del más cobarde, del más débil. Y esto se ha consumado cerca de mí, tan cerca, que á un mismo tiempo he visto los movimientos de mi pluma y la dolorosa agonía del prisionero.

Ahora bien: en vez de estudiar y referir el drama, no hubiera sido mejor el evitarlo? He aquí el problema.

Qué es la hormiga? Qué es la araña?

Dos seres: el uno débil, el otro fuerte; cobarde éste, audaz aquel; admirablemente organizado y de finísimos instintos el primero, deforme y rutinario el segundo. ¿Quién de los dos merece más providencia? ¿Es justo que por sólo tener un derecho común, el derecho á la vida, la fatalidad ejerza sobre ellos en grado igual su abominable tiranía?

La hormiga es herbívora; destruye seres inferiores y no esquiva el combate; arroja los obstáculos con su incomparable energía y todo lo adquiere por derecho de

conquista; salteador admirable y temerario, disputa al hombre mismo las más preciosas flores de los jardines para abastecer sus graneros.

La araña aliméntase de seres vivos que roba de manera innoble; su vida es una traición continua; aun el amor es para esta desheredada de la naturaleza, goce de un momento seguido de la muerte del amante, á quien sacrifica acaso por no compartir con él el fruto de su trabajo; ella, en fin, simboliza la miseria que vuelve malas á las criaturas. Que caiga en su trampa una mosca, un gusano, que caigan esos pequeños seres, últimos eslabonos en la cadena de los vivientes, bien está. Entre el verdugo y sus víctimas no hay gran distancia. Pero la hormiga?.....

Acaso era la más anciana de la tribu; alguna fundadora de la colonia, miembro utilísimo, tal vez jefe de una bien gobernada sociedad. Había salido á explorar el campo y regresaba satisfecha, prometiéndose una recolección abundante á la próxima noche; pero el destino, el inexorable destino, la llevó por extraviada senda hasta dejarla presa en la traidora malla, á merced de la voracidad de una araña
 Qué hacer? salvarla? Quién más que

ella tiene derecho á vivir? Hé aquí la duda, hé aquí el escollo donde corazones é inteligencias se detienen, unos para negar el orden y la providencia, otros para encerrarse en la resignación dolorosa que les impone el misterio.

Dios creó la hormiga; Dios hizo la araña.

Yo quisiera libertar á aquella, mas quizá ésta perecería de hambre.

Las dos tienen derecho á la existencia.
 Qué hacer?



COLERA

ELLA es.

Mi musa, la furia de cabellos erizados que viene á azotarme la frente, á apuñalarme el corazón, á bañarme el alma en santa ira. La cólera es también numen sagrado.

Cantad vosotros, ruiñeñores, que podéis ver la gloria de la luz sin sentir la tristeza de las sombras; reíd, vosotros, los que comprendéis la comedia del mundo sin palpar el negro drama de la vida; entonad himnos á la aurora, los que no sabéis que va á llegar la noche con sus horrores y sus crímenes: yo me estoy bien, perdido en las tinieblas, lanzando rugidos y maldiciones. Siento en mi redor la fría caricia de los espectros, el hálito emponzoñado de los reptiles, el grito extremeceador de los hambrientos, la eterna queja de los inconsolables!

La risa no es mía: á cada instante veo la risa estúpida del seductor que se bur-

la de su víctima; del necio que en vez de sacar del lodo á las flores caídas, pone sobre ellas su planta inmunda para abatirlas más; de los imbéciles que triunfantes en su vana alegría, insultan con su charla de mono el dolor de los que lloran; del idiota señor del oro, que desdén a al que sufre en silencio su miseria. Ríen los indignos, ríen los pequeños, ríen los necios, los inmundos ríen. Yo no quiero tomar parte en ese coro salido del infierno. Esa mueca horrible no sienta bien á las almas graves que respetan las ajenas desgracias. Satanás, cuando ha logrado perder un alma, rompe en carcajada inmensa que va asordando todos los antros del abismo. La risa no está bien sino como suprema ironía, carcajada cervantina que pone á temblar en sus tronos de lodo á los dichosos sin luz. Si queréis verme reír, traedme aquí á los que tiranizan á los pueblos, á los que lamen los pies de los déspotas, á los que sacan tesoros de la conciencia, á los que rinden culto á ese grotesco títere que llaman sociedad; á los que huyen de la mujer que han pervertido; á los que se honran con los malvados de buena presencia, á los que desprecian al talento pobre y á la virtud indigente; ah! traéd-

melos aquí para lanzar sobre ellos carcajada interminable, hiriente, desollante, que mate, que destroce, que aniquile todas esas basuras disfrazadas de seres humanos que están enlodando la obra de Dios!

Cólera, santa cólera: mi musa eres tú. Golpea mi cabeza; recoje en tu ancho manto todas las bestialidades, todas las injusticias, y arrójalas sobre mi alma. Quiero sumergirme en este mar de cieno, quiero angustiarme con las exhalaciones de este pantano, quiero verme cubierto por ese alud de andrajos! Yo tengo fuego para consumir todo eso: desplegaré mis alas, lanzaré lejos de mí la podredumbre humana, y alzaré el vuelo á las regiones luminosas donde reina el Sol.



LA IMPRENTA



POR dónde empezar? Aquí no hay más que palancas, ruedas, cilindros, pedazos de plomo, de madera, de hierro, revueltos en desorden admirable y armoniosa confusión.

Allá arriba, en elevado puesto, tosca rueda regula el movimiento de las máquinas delicadamente construídas. De su correa penden los finos tornillos, las relucientes barras, las mil pequeñas piezas dispuestas en complicado mecanismo.

Ved cómo dividen el papel en láminas de diversos tamaños con aquella gran cuchilla, guillotina creadora cuyo afilado tajo mantiene viva y constante la producción de tantas hostias que encierran el pan eucarístico de la inteligencia.

Amontonados y cubiertos de polvo, letras, puntos, líneas y espacios esperan la mano ordenadora del tipógrafo. Soldados cuya consigna es la obediencia absoluta, prontos están á destrozar una re-

putación ó á castigar un crimen; lo mismo saben ofrendar una corona al mérito, que ofrecer sacrificios en los altares de un idiota ó de un malvado.

Sencillos unos, adornados pomposamente otros, todos cumplen á maravilla su destino: estos, de forma simple y austera, compondrán el libro bienhechor, el verso delicado y sonoro, la ley redentora; aquellos pondrán su lujo pedantesco al servicio del anuncio de licores, hablarán del sombrero á la moda, de los excelentes manjares de un hotel, y aun, en ocasiones, su compañía prestará falsa honra á un título conferido en gracia de ignorados méritos. Ahí están, aguardando la hora del trabajo. Suena, y el cajista con mano despiadada los aprisiona en el componedor, los prensa, los estrecha, los aprieta hasta dejarlos inmóviles. ¡Ay de aquel que se rebelé! las pinzas le obligarán á ocupar su puesto, y rendido, humillado, irá con los demás esclavos á cumplir la voluntad de su amo. Concluída la obra, vuelven á sus casillas, separados por algún inexperto aprendiz. Cayó uno, ahí se queda; soldado muerto en la pelea, la escoba le hará los últimos honores.

Mirad allá al prensista: en su mano tie-

ne la hoja tersa; déjala caer sobre la plataforma, como una piedra lanzada al abismo. Pobre hoja! se agita, tiembla, resbala, corre arrastrada por fuerza irresistible; agárrala el cilindro, la lleva consigo, ocúltala un momento en su vientre para darle alma, y luego la rechaza, la empuja y la arroja sobre la tabla que la espera. Ya ha nacido, ya entró en el torbellino del mundo á recibir alabanzas y censuras, elogios y maldiciones, como si no fuera inocente de llevar con ella la luz ó la sombra. Y en tanto, el prensista indiferente, prosigue su tarea de padre desnaturalizado, criando hijos para abandonarlos al vaivén de la suerte.

Aquí está el cajista: tiene colgado al cuello largo mandil que le libra de la suciedad. Sereno, impassible, ordena con habilidad extraordinaria sus legiones de letras. De repente una sonrisa contrae ligeramente sus labios: está componiendo disparates que hacen asomar la burla á su semblante. Otras veces su frente se nubla: acaba de leer la palabra injuriosa ó rastrera, pero no protesta, y si acaso siente agitarse una maldición en su alma, la encadena para que no venga á interrumpir su trabajo. El suelto chocarrero, el gra-

cioso epigrama, el asqueroso pasquín y la candente sátira; todo pasa por las manos, por el corazón y por el pensamiento del tipógrafo, sin dejar ni un borrón ni una sombra.

Bon, bon, bon! Es el rugido del vapor, el león encadenado que desde su jaula de hierro, mueve con su aliento poderoso las pesadas máquinas.

.....

Nadie aquí atiende á los demás; es una tormentosa existencia. Los volantes giran, las palancas corren, el molde choca con la plancha, los resortes se estiran y contraen violentamente; y llaves y tornillos y resortes y barras se rozan, se encuentran, se golpean, se retuercen, produciendo chirridos que semejan gritos de dolor ó de rabia. Y de tanta confusión, de tanto choque, de tanto desorden, nace la palabra, águila que conduce sobre sus alas el pensamiento.



ZORRILLA.



UN día los habitantes de una gran ciudad, conducen consternados al cementerio el cadáver de un suicida. Era un viejo de veintinueve años, un gigante del pensamiento vencido en la lucha social.

El gran crítico había pasado, pero del borde de su sepulcro se levantó otro gigante--Zorrilla. Cuando la última palada de tierra cubrió el féretro, el trovador naciente se colgó su laud á la espalda, y se fue de ciudad en ciudad, de campo en campo, cantando la religión, el amor, la guerra; todo cuanto encerraba un recuerdo glorioso para España.

Con la vara mágica de su fantasía tocó en las ruinas, y los castillos se repobieron de caballeros, los puentes levadizos se abrieron al paso de las castellanas altivas, volaron las lanzas hechas pedazos en los torneos brillantes y los trovadores depusieron sus cuitas amorosas y sus historias heroicas al pié de las sombrías fortalezas; tocó en los sepulcros, y se alzaron impo- nentes las sombras de Felipe Segundo y

y del Alcalde Ronquillo; evocó los espectros de Montiel, y echó el soberbio manto purpúreo sobre los hombros de Pedro el Justiciero; puso en un platillo de la balanza todos los crímenes y en el otro el amor, y don Juan Tenorio subió al cielo sobre las alas de Inés trocada en angel; tomó de entre el pueblo á un pobre remendón, y modeló con él un caballero sin miedo y sin tacha; lanzó por sobre el mar su mirada creadora, y de los desiertos africanos trajo la austera y trágica silueta de don Sebastián; reconquistó Granada con el poder de su lira, y los abencerrajes volvieron á exprimir contra los nazarenos sus poderosos alfanges y Boabdil volvió á esconder su dulce molicie en los retretes de la Alhambra; removi6 el polvo de las tradiciones, y brotaron de su cincel divino aquellas leyendas nunca igualadas y siempre bellas; y errante siempre, fué de campo en campo, de castillo en castillo, dando ejecutorias de inmortalidad á los héroes olvidados, hasta que cansado de tan larga peregrinación y humillada la frente al peso de tantos laureles, fué á recibir en la imperial Granada, cual si fuera el último de sus reyes, el homenaje de todo un pueblo, simbolizado en una corona.

Ahora, el gigante se ha ido para no volver más.

Apreciar en justicia^{*} la obra literaria de Zorrilla, es difícil tarea, casi llevada á punto de imposible por las preocupaciones reinantes.

Ante todo, él es poeta; afirmación que aunque tenga trazas de ridícula, no lo es.

Allá los críticos verán si sus versos son de esta ó de la otra clase; si tienen filosofía; si llevan la marca de fábrica de la escuela dominante, y todos los demás requisitos que ellos piden á las obras maestras.

Siempre resultará esto: él es poeta, gran poeta.

Por lo demás, el convencionalismo no hallará en Zorrilla mayores méritos: aquellas palabras desentrañadas de lo más hondo del diccionario, no son dél; aquellos conceptos oscurísimos, martirio de la cabeza, él no los conoce; aquellas dudas artificiales, siempre dichas del mismo modo, él no las tiene; aquellos atrevimientos de los artistas que encuentran ritmo en el cabello, perlas en la risa, color en la voz, agenos son á su musa humilde; aquellos metros extrañísimos en que la música llora indignada, no están en su lira; pero

tampoco son suyos los versos hechos á bofetones, ni la impiedad de moda, ni la parlería insulsa, ni la intención forzada, ni las doctrinas de consigna, ni la forma que pide el santo y seña.

Soltura, gracia, naturalidad, eso sí. Tres grandes méritos para los que aún estiman en lo que valen esas raras cualidades. Pero si al fondo vamos, también está en él. El Cristo de la Vega nos servirá para demostrarlo. Un soldado, á punto de partir á la guerra, jura, ante el Cristo de la Vega, tomar á Juana por mujer cuando haya vuelto de la campaña. Regresa á los pocos años, pero no es ya el humilde soldado perdido de amor por la muchacha; los honores le han subido á encumbrado puesto, y le han quitado la generosidad y el amor. Juana reclama la promesa ante el juez que, por falta de pruebas, va á declarar absuelto al culpable. Entonces Juana se acuerda del Cristo y lo cita como testigo. En procesión solemnísimas, va el magistrado á interrogar al Cristo, y cuando aquel ha concluído sus preguntas, la diestra de la santa imagen se desprende de la cruz, y una voz grave, profunda, como salida del abismo, responde: sí juro.

No hay aquí dudas, ni impiedades, ni blasfemias; lo que hay es esto: el poeta personifica en Juana, la fe, la esperanza firmísima que de la Providencia tienen los buenos. Hace, además, aparecer la idea de la justicia, tan alta, tan severa, tan sagrada, que el mismo Dios descende á humilde testigo para que aquella sea cumplida.

Como dramaturgo no tiene Zorrilla títulos que puedan competir con los de otros autores; pero nada sacaremos de ahí en su contra. No era el drama, en su tiempo, lo que es hoy; mal podríamos aplicarle el criterio estético y filosófico con que ahora aquilatamos esa clase de obras. Con todo, como quiera que la belleza nunca muere, habremos de reconocer que él es dueño de valiosas joyas: don Pedro el Cruel, no es drama para hecho dos veces; Traidor, Inconfeso y Mártir, es un sol, por el brillo y por las manchas.

La maravillosa fecundidad de Zorrilla dio por resultado, naturalmente, muchas obras malas. La actividad, la fiebre creadora no siempre se compadecen con el esmero, la pulcritud y la elevación requeridas por las obras maestras. Algo parecido le sucedió á Dumas, aquel creador infatiga-

ble, hoy olvidado y pospuesto á muchos que jamás alcanzarán la talla del coloso.

He aquí una cruel coincidencia. Dumas como Zorrilla, ha perdido mucho en el concepto de los críticos modernos; ¿Quién les negará á éstos su competencia? Pero los antiguos, aquellos que dieron título de grandes á muchos que hoy parecen pequeños, no eran, ciertamente, despreciables; alguno había entre ellos que se llamaba Fígaro, ante el cual los más osados son figarotes.

Cor. Zorrilla ha desaparecido el mejor representante de la lírica española. No se escapará él de las censuras acerbas prodigadas por sabios ignorantes. El que se muere, casi siempre recibe al esconderse tras de la sepultura, puñados de injurias en vez de puñados de siempre-vivas. Es el desquite de las pequeñeces.

Yo, que no entiendo el arte crítico, he venido á este atrevimiento en fuerza del cariño que tuve siempre á ese anciano, y como no sea el mejor juez la simpatía, fácil será encontrar falsas estas apreciaciones. No importa, si son pecados veniales los yerros de la admiración.

De Luis XI dice la Historia, que después de todo, *era un rey*; Zorrilla, después de todo, *era un poeta*.

NIÑERIAS.

I

Infancia: si fueras eterna!....

“No goza uno, es un cabrito.” Ciertamente, pero un cabrito sin mancha, y eso basta. Quién es el que rehusaría cambiar sus placeres de hombre, siempre salpicados de lágrimas, por esa feliz existencia que nos escuda contra la envidia, nos libra del odio y nos salva de toda impureza? Ignorancia que raya en inocencia, está muy cerca de la perfección. Jesús, el hombre perfecto, tenía preferencia por los pequeñuelos.

Hay momentos, preciosos cuanto raros, en que uno se siente niño; uno de esos momentos ha dado vida á esta historieta.

II

La casa! Bienaventurado quien la tiene. No contando á la Naturaleza, es el más santo de los templos. No tener casa, no tener patria: dolores que sólo difieren en intensidad.

De la casa en que pasaron mis mejores años, solo es mío el recuerdo. Dos cuartos, una cocina con techo de paja y un pequeño patio en que plantamos rosales y claveles: he aquí todo. En cambio, más allá del jardín, un gran *solar* sembrado de enormes peñascos á cuyo pié crecían salvas frondosas y copudas higueras. De trecho en trecho destacábanse altos guayabos de tronco liso y brillante por donde corrían las hormigas en apretados surcos.

En el centro del solar se elevaba la Piedra Hueca. Figuraos un niño de cinco años ante una piedra que suena como campana! Jamás misterio alguno me preocupó tanto. Al volver de la escuela, aquí estoy; de rodillas ante el peñasco, y pun, pun, pun, horas enteras; terminando siempre mis experiencias con la siguiente afirmación: "¡Es un diamante!"

Todo el terreno abundaba en pequeñas grutas que servían de nido á las gallinas. Yo pasaba revista diaria en busca de los huevos, para trocarlos, á escondidas, por frutas, buñuelos y otras golosinas, y era tan grande mi impaciencia, que muchas veces practicaba el registro sin esperar á que los nidos estuvieran desocupados. Tal costumbre me indispuso con un valiente:

era éste un gallo veterano, triunfador en veinte peleas cuando joven, y ahora señor absoluto de numeroso serrallo en premio de sus muchos años y servicios.

Avino que haciendo él la guardia á una sultana, metiese yo la mano en demanda del huevo. Espolonazo más bien puesto, no recibió jamás ningun enemigo del guerrero; en mi rostro quedaron pintadas las patas, para escarmiento de cuantos desconocen las prerrogativas femeniles. Niño al fin, no podía yo ser rencoroso, y siempre tuve á honra encomiar las hazañas del valeroso gallo.

Mi héroe murió trágicamente, aplastado por una piedra, y ¡oh gloria galluna, tan mentida como la humana! al vencedor, al rayo de la guerra.... le comimos!

Nuestra vida era bastante modesta. Yo y mi hermano menor, hacíamos los oficios de la casa. Comprar el pan, el queso, las velas, atizar el fuego, barrer la casa: nunca fueron para nosotros actos degradantes; al contrario, placeres tan grandes, como llevar la campanilla en el viático, ó vestir de acólito, que es cuanto se puede desear.

De niños, echarse á la calle con las faldas de la camisa volando, el dinero meti-

do en la boca, el plato debajo del brazo, correr, saltar, estarse una hora en el mandado á riesgo de una tunda, y volver á casa trayendo la mantecosa torta acribillada á pellizcos, es todo un gusto! Ya grandes, no llenamos la ambición con esas quisicosas, pero sí el alma con el recuerdo dellas.

Mis juegos, por desgracia, fueron cercenados duramente. La amabilidad, la gracia juvenil, son necesarias para formar al hombre. Como se nos obligue á pensar muy temprano, tendremos sombría la meditación, y grandes esfuerzos habremos de hacer para atinar con el lado verdadero de las cosas.

Ahí está ese niño, parado en el umbral de la casa, yéndosele los ojos tras los muchachos que retozan en la calle. Con qué donaire coge éste en la mano el dormido trompo; qué júbilo siente aquel al despedir un *correo* al encumbrado papalote; cómo triunfa el otro al disparar la voladora flecha! Placeres vedados al pobre que está allí muriéndose de admiración y de envidia en presencia de tales prodigios. Pues cómo se pondrá cuando vea hacer una carambola *copeteada*, y piense que le está prohibido realizar tan hermosa hazaña?

El niño es un pájaro; quitarle los juegos, es cortarle las alas.

III

Un día me llamó mi padre.—Vamos, hijo mío: ya has jugado bastante, desde hoy, cambias de vida. Y me hizo conocer sus órdenes. Y qué órdenes! el Decálogo con todas sus consecuencias.

Mi padre, santo Dios! Ya os quisiera ver, los señoritos, que tuteáis á los vuestros; que les pedís fuego para el cigarro; que gritáis en su presencia, que regañáis á los pobres viejos, incapaces de respeto por su mal entendido cariño... Y no creáis que era el mío un tirano. Nada de eso. Puntual y activo como un inglés, amanerado como un parisiense, la voz sonora y penetrante, la mirada un rayo, celoso de su autoridad hasta ya no más, y con todo, un corazón de niño.— Hombre inflexible, la más pequeña falta tenía aparejado su castigo: castigo de palabras, de miradas sobre todo; pero si el caso lo pedía, hallaba manera de satisfacer á la justicia y de producir el escarmiento, sin herir en la dignidad. El látigo (Dios se lo haya en cuenta) jamás cayó sobre

nosotros ese formador de esclavos, tan degradante, que aun viniendo de un padre causa lesión grave en la honra, al par que predispone al avenimiento con todas las tiranías.

Padre mío! huésped de la soledad que has podido llenar tú noble alma hambrienta de cosas grandes, con el amor de la Naturaleza, de la Naturaleza que jamás engaña, que jamás hiere, que jamás rechaza á los perseguidos por el mundo: yo te bendigo. Mis ojos te están viendo, encorvado por el peso de los años y de los sufrimientos, solitario en la casa antes tan bulliciosa... Allá vas, con la hoz en la mano, á saludar tus flores: en medio de esas plantas, tu frente se despeja, la sonrisa ilumina tu rostro y dejas de ser hombre para convertirte en el genio de los campos. Yo te veo, cuando la luna baña en luz macilenta los emparrados del jardín, esperando el momento en que el Galán de Noche nazca á su efímera existencia. La flor misteriosa despliega sus sedosos pétalos que tiemblan como tocados por un ser invisible. Tú estás ahí, contemplando esa hija de las tinieblas, y tu alma siente lo que sintió la mía cuando en mis audacias de niño quise cantar como poeta.

Que existe entre tu cáliz, escondido,
Un angel, me parece en mi ilusión,
Que tal vez de otro mundo ha descendido
A calmar un momento
Con su acento
Mi triste corazón....

Murió, plegó su broche que no se abrirá más; y tú ahí, pensativo y sombrío, abismado en la meditación hasta que el último rayo de la luna perdida en su ocaso, te anuncia la hora de volver al hogar solitario.

Todo queda en silencio. Allá abajo se ven las sombras de los altos cipreses, semejantes á torreones de arruinado castillo; solo el zumbido de los insectos nocturnos interrumpe el sueño de las flores; el jardín parece un cementerio.... él es, en verdad, la última morada de tus ilusiones y de tus esperanzas.....

IV

Fulano, por tantas fallas, todo el domingo.
Zutano, por tantas, hasta las doce.
El otro " " encierro.
Todos castigados, todos.

Y es que éramos muy malos. Al profesor de Inglés, poco entendido en el castellano, le habíamos hecho creer que las malas palabras tienen buen significado.—A este Mr. Witt, lo quiero porque es muy bruto.—Oh! cieto, cieto, yo ser así, mucha gracia.—Todo se puede decir de Mr. Witt; pero hay que confesar que es un bestia.—Güño, sí, güño, yo agradezco. Cuando alguno de nosotros hacía alguna diablura, parábase el viejecito, tieso y estirado, empinándose como para darse más autoridad, y decía con su voz chillona: “cieto, cieto, usted tiene á comportarse bien; sino yo le suicidaré.”

¡Oh qué malvados! Uno arrebató su cesto á una pobre frutera; otro hizo saltar al inspector con todo y tarima, metiendo debajo de esta una bomba; otro volvió medio loco á un celador, bañándolo de *pica-pica*; otros prolongaron las fiestas de agosto, reventando en los dormitorios cohetillos, buscapiés y aun montantes; hasta llegamos á declarar el colegio en estado de sitio cuando los temblores del ochenta, causa de esquisitas diversiones para nosotros que, en practicar rondas y reconocimientos y en destacar avanzadas y exploradores, nos pasábamos las noches

enteras. Llegaba un temblor, en el acto se le daba el *¿quién vive?* y en seguida era llevado preso al cuartel *por alterar el orden público*. Oh tiempos!....

Traviosos y endiablados, pero prontos á volver al buen camino, á una palabra del maestro.

Sobre todo, nos formábamos, para la vida libre: de aritmética, de gramática, de historia, de cualquier cosa que tratara, siempre hallaba él pretexto, para hablar-nos de Codro, de Régulo, de Bolívar, de todos los grandes hombres. Él era también grande, hasta donde puede serlo un maestro.

Se llamaba Hildebrando Martí.

V

Ya está: el niño ha concluido su pequeña historia; lo demás pertenece al hombre.

PERIODISMO.

Yo siento no sé qué extraño placer en rodearme de montones de periódicos, deseoso de apagar en su lectura la sed insaciable de lo bello y de lo verdadero. Pensar que estas pirámides de papeles, insignificantes al parecer, me traen el pensamiento de todos los hombres; el palpitar de todos los pechos generosos y nobles; la sinfonía celestial de esos ruisñores sin alas que se llaman poetas; los misterios que los sabios arrancan á la siempre esquivo Naturaleza; las santas inspiraciones de todos los que van hacia Dios á través del progreso humano. Pensar en esto, no es el más hermoso de los ensueños?

Leves hojas arrancadas del árbol robusto de la inteligencia: yo os bendigo! Yo os bendigo, sí, porque con vuestra savia se fortalece mi fe y se acrecienta mi esperanza!

Leamos.

Oh infamia! las despliego con mano febril, devoro página tras página, y á medi-

da que avanzo en su lectura, se va levantando en mi alma una oleada de cólera, de asco, de invencible repugnancia por esta desgraciada institución en que han hecho presa todos los profanamientos de los hombres!

Localismos, insultos, calumnias desde el principio hasta el fin; plumas vendidas, unas á la pasión, otras á la ignorancia, las más al dinero.

Y el periódico honrado tiene que tratarse con esas prostitutas, del mismo modo que el hombre puro tiene que alargar su limpia mano, á la manchada de tanto pícaro enaltecido por las culpables imbecilidades sociales!

Vosotros, jóvenes, los que apenas en los umbrales de la existencia, estáis seducidos por el espejismo de las cosas no conocidas: no deis vuestro tiempo á ese miserable. Vedle ahí, cómo se viene, plegado, encogido, arrugado; su sola vista da indicio de su frivolidad. Él os enseñará á pensar neciamente; él os llenará la cabeza de bagatelas; él os hará conocer mal á los hombres. Es lijero como una coqueta, asqueroso como ramera, comprable á bajo precio como trasto inútil. Él es el cómplice de todos los crímenes, payaso de todas las farsas,

escabel de todas las nulidades, consagrador de todas las injusticias, rufián de todos los déspotas, zarzal enorme que ofrece dardos para el corazón de todos los justos y coronas para la frente de todos los mártires.

En medio de sus trivialidades, resalta á veces, como diamante irradiador engastado en metal despreciable, la joya literaria, el prodigioso triunfo de la ciencia, el grito pavoroso del derecho que se alza; todo lo que es parto de las almas que alumbran. Rubíes sembrados en el lodo, hay que revolver el pantano para encontrarlos.

Sí, á Dios gracias, este infierno tiene su lado bueno. Esa hoja deleznable, puesta en manos de hombres rectos, hace sufrir pesadillas á los tiranos, temblar de espanto á los impostores y enrojecer de vergüenza á los hipócritas. Periódico imparcial, servidor del derecho, de la ciencia, del arte, es mariposa que nunca toca el suelo con sus alas de oro; consuelo de los que padecen, mantenedor de la fe y de la esperanza en los naufragios de la vida; fuente que mana ambrosía para los enamorados de la belleza.

Periódico! triunfo sublime de la inteligencia, faro siempre encendido, alegrador

de las horas tristes, maestro de los pobres, escudo de los oprimidos: qué han hecho de tí los que todo lo degeneran? cómo han podido trocar tus purificantes y cristalinas aguas en cenagoso torrente que va salpicando cuanto hay de noble y de santo sobre la tierra? Ah! periódico! Dios te crió en un raptó de amor al hombre, te confió la libertad humana, te encargó de la justicia, te encomendó la propagación de la verdad y puso bajo tu amparo á los desgraciados; pero Satanás echó sobre ti su baba de serpiente, y ahí estás, transformado en adorador de la mentira.

Cascada de estrellas, te han hecho cloaca de todas las inmundicias, enorme albañal por donde sale la lepra de las almas negras!



DE EZEQUIEL.

PARÁFRASIS.

ASI dijo Jehová: esta es Jerusalén, la que yo establecí como reina en medio de las naciones, la que yo adorné con todos los dones de mi mano.

Mudaste mis juicios y mis leyes en impiedad, desechaste mis mandamientos y saliste de la senda de mi justicia.

Por tanto, héme aquí que estoy contra tí, y te someteré á juicio.

Y haré en tí lo que nunca hice ni haré jamás, porque tus abominaciones han llegado hasta mi trono.

Ay de tí, ciudad ingrata y olvidadiza! los padres comerán á sus hijos; los hijos comerán á sus padres, y mi diestra aventará sus cenizas!

Porque has violado mi santuario con tus abominaciones, yo te quebrantaré; no cerraré mi ojo sobre tu maldad, ni de tí habré misericordia.

Pestilencia y hambre, terror y espada, muerte y desolación caerán en tu recinto: como huracán esparciré tus restos!

Todo mi furor acabaré en tu daño, porque yo soy Jehová que venga á la Justicia y castiga á los inmundos de corazón.

Te volveré desierto; serás vergüenza de los hombres y deshonor y espanto de la tierra, porque mi palabra ha caído sobre tí, y es fuego.

Y tus altares serán desolados, y tus imágenes serán quebradas, y tus palacios serán destruídos, y tus casas serán abatidas, y el llanto de tus moradores, sangre, y sangre el alimento dellos, porque sangre de inocentes está clamando mi venganza!

Y se acordarán de mí, los que de vosotros escaparen entre las demás naciones; que en ellas serán cautivos, y andarán confusos delante de los buenos, y avergonzados, porque yo puse en su frente el sello de su iniquidad.

Ay de las abominaciones de los hijos de Israel!

El que estuviere lejos, morirá de pestilencia; y el que estuviere cerca, caerá con espada; y el que quedare, morirá de hambre, y cumpliré en ellos mi enojo.

Y sabrán que yo soy Jehová, cuando sus muertos estén en medio de sus ídolos y en derredor de sus altares y en la cima de los montes y en lo alto de las murallas y bajo

los árboles sombríos y en el lecho de los torrentes y en las quiebras de las montañas, porque yo he tocado en lo inmundo de sus corazones y han temblado al soplo de mi cólera.....

LA LITERATURA

EN EL SALVADOR.

Ley muy sabia, tan sabia como benéfica, es la que impulsa á los pueblos á seguir el camino por donde los más adelantados van llegando á su perfeccionamiento. Si nó fuera por esta valiosa herencia que legan unas naciones á otras y por los hermosos ejemplos provocadores de la emulación, andaría la humanidad con paso mal seguro, expuesta á no dar jamás con el verdadero progreso.

Nuestra literatura no puede menos que ser imitadora; y esto, en vez de acarrearle daño, la llevará, como se acompañe de la prudencia, al más alto grado de perfección.

Así, lejos de rehusar las enseñanzas extrañas, busquen las Letras salvadoreñas las huellas de los hombres y de los pueblos que más saben, que sienten mejor y mejor expresan el sentimiento; que no es para ser despreciada la cosecha recogida á costa de tantos trabajos.

Sea cual fuere la causa, es verdad que

la Francia parece haber recibido de la Providencia el cometido de guiar á las demás naciones, y las ideas francesas, ya literarias, ya políticas ó filosóficas, son los gérmenes que, bien ó mal cultivados, producen inapreciables frutos ó abrojos sin cuento. De allá vienen las atrayentes utopías, los delirios increíbles, las salvadoras enseñanzas y los ejemplos desconsoladores; y es cosa de admiración, que pueblo como ese, tan propenso á las ascenciones como á las caídas, se esté sirviendo de piloto al mundo, sin que nadie le dispute la supremacía. Ni Alemania por pensadora, ni Inglaterra por libre, tienen mano bastante fuerte para empuñar el pesado timón; y no cabe explicar tal fenómeno, sinó admitiendo que Francia es esencialmente artista, y por tanto, poseedora de una gran fuerza expansiva que obliga á todos los pueblos á sentir las palpitaciones de su corazón.

Vayamos con tiento al reconocer la soberanía artística de la Francia, no sea que al prestar el debido homenaje, tiremos á un lado todo discernimiento y libertad, y nos quedemos á imitadores serviles, incapaces de separar el trigo de la cizaña. Lo que debemos reconocer, es la excelencia del eclecticismo literario en ideas, apro-

piándonos las que puedan servir á nuestro progreso intelectual.

Si fuéramos bastante juiciosos para operar esta selección, nuestra literatura avanzaría con rapidez. Por desgracia no todos poseemos la necesaria prudencia, y frecuentemente tomamos cariño á lo que debiéramos repugnar y escogemos por modelos, autores que un syllabus literario incluiría en el número de los prohibidos. Hugo nos parece utopista, Chateaubriand ortodoxo, Michelet oscuro, La Bruyere cansado. Lo que nos encanta, es atrofiarnos el corazón y la cabeza con la lectura de esos libros "donde no falta una condesa que viva amancebada con su criado; ni Adriana de Cardoville que cierre la cortina sobre ella y su príncipe Djalma.... El héroe de la novela francesa, duerme de día, come y bebe de noche, hace pegadas abominables á los maridos, tiene duelos y retos á la espada, pide prestado y hace milagros, se arruina, pierde su querida, se despecha, va y se vuela la tapa de los sesos."

De la novela echo mano, porque hoy en día, es la expresión más alta de la literatura y porque nuestras aficiones se van de preferencia tras ella. Por lo demás, si

hay atrevimiento en lo dicho, de Montalvo es; pero yo sospecho que olvidó lo más repugnante, ó más bien que no quiso hacer agravio á su pluma con la enumeración de tantas desvergüenzas.

¡Y esas obras son nuestro principal alimento literario!

Hemos tocado en una región de la literatura francesa, y el suelo tiembla bajo nuestros pies. Al alejarnos, sacudiremos el polvo de nuestras sandalias, temerosos de llevar con nosotros el contagio. Pero adónde iremos? Ahí cerca está una fuente en que podremos saciar la sed de ideas saludables y regeneradoras: el socialismo.

Cuántos harán la señal de la cruz al leer esta palabra? No haya miedo; no se trata aquí de dar un vuelco á las costumbres y á las instituciones. El socialismo puede y debe tener mejor significado.

Luchar contra todas las injusticias; declarar la guerra á la miseria y á la ignorancia; meter el hombro á las clases desheradas sin humillar á las favorecidas; consagrar todo nuestro esfuerzo al triunfo de la verdad y de la virtud; es noble consigna que debemos cumplir cuantos deseamos el mejoramiento de la humanidad. Considerado de esta manera, el socialismo es la

más santa de las doctrinas: es el cristianismo en sus más avanzadas consecuencias. En este sentido, nuestra literatura debe ser socialista.

Pero yo estoy hablando de la literatura, como si en sus manos tuviera el destino del hombre. Y por qué no? Del mismo modo que en el mundo material los organismos más perfectos suponen funciones más variadas y extensas, así en el mundo de la inteligencia, quien posea medios más poderosos está llamado á funciones más elevadas, y mayor responsabilidad tendrá por el empleo que dé á sus facultades. La literatura, que es el pensamiento encarnado en el verbo, es, por esto mismo, superior á las demás artes, y superior á las ciencias, porque sin su ayuda, no llenan debidamente su cometido; y he ahí por qué el escritor, sacerdote de esta nueva religión, debe hacer de su vida propaganda incesante con la palabra y el ejemplo en favor de la verdad y de la virtud.

* * *

Tenemos las ideas; réstanos ahora inquirir con qué ropaje hemos de presentarlas. Pero hay acaso quién dude de que

debemos hablar y escribir en nuestra propia lengua? Si no en teoría, en la práctica habemos muchos que lejos de procurar su mejoramiento, la echamos á perder con nuestra malhadada afición á las traducciones, á los periódicos de pacotilla y con el infundado desprecio que sentimos por los clásicos españoles. De ahí que sea tan difícil, para los que vivimos en estos rincones, el conocimiento de nuestro idioma. "Yo, que vivo zarandeándolo, no sé todavía cómo es" dice don Eusebio Blasco. Nosotros también lo zarandeamos, pero en el arnero se nos queda la basura en vez del grano limpio.

—Yo he leído mucho, me decía cierto periodista, de esos que en el suceso más insignificante hallan material para andar á vueltas con la *libertad y el progreso*. Y qué ha leído usted?—Yo? Los Tres Mosqueteros, Graciella, Atala, Los Misterios de París, los de la India, los de Londres.... un mundo! Nada le contesté al periodista; pero á penetrar en mi pensamiento, cómo se hubiera él asustado al ver el profundo desdén con que yo acogía la raquítica enumeración de sus lecturas. ¡El pobrete, alardeando de haber visto mucho, cuando yo que no salgo de mi mo-

destia, conozco todo eso, con más cuarenta novelas de Dumas, cien de Montepín, todo Paul de Kock, sazonado todo ello con unas cuantas obras españolas de las más afrancesadas!

Que los que nunca han pensado en tomar la pluma hagan tan extraño aprendizaje, no tan malo; pero no sufre disculpa en los escritores ó en los que aspiran á serlo, ese gloriarse de conocer la literatura extranjera, si tanto como saben de ésta, ignoran de la propia.

* * *

Toda secta hace del pensamiento un esclavo. Afiliarse á una doctrina en cuerpo y alma, es temeridad impropia del hombre, ser débil á quien la verdad se le escapa como si se desdeñara de ser poseída por ente tan pequeño. Si cuando vivimos en atalaya incesante, tanto nos cuesta librarnos del error, qué no será si, imprudentes, nos encastillamos en nuestras opiniones, dejando cerradas todas las sendas al convencimiento? Y no es para temblar de miedo, cuando pensamos que lo estimado como la más alta doctrina puede á veces no ser sino una grosera ficción?

Desconfiar de nuestros alcances es el medio más seguro para no caer presos de nuestra enemiga la ignorancia; de otro modo, nos entregamos á ella atados de pies y manos por la vanidad y el orgullo.

El Romanticismo, el Naturalismo, todos los sistemas, á poco que se exageren, habrán degenerado en sectas. Entre nosotros está hoy en boga cierto desprecio por la poesía lírica. El mérito está en ser *objetivista*, siquiera la Naturaleza nos haya negado vocación y talento para ello. Poetas de exquisito sentimiento que honrarían las letras patrias si dieran suelta á su inspiración, se encierran en el silencio por tal de no ir en contra del objetivismo.

A cuenta de qué proscribiremos lo íntimo, lo personal, si se apoya en la espontaneidad? Lo que debe aborrecerse, en esto como en todo, es lo afectado, lo antinatural; que malo es cuanto está fuera de la verdad, ya sea la expresión de afectos fingidos, ya la de ideas falsas ó mal concebidas.

Cuando desdeñamos la poesía lírica, caemos en palpable contradicción, pues al mismo tiempo que cubrimos con nuestro desprecio á los que cantan sus impresiones, prestamos gustosos pleito homenaje á los

que ya elevaron la lírica á su apogeo en los pasados tiempos.

Necia y vana preocupación esta de querer que todos sientan y piensen del mismo modo. Lo que es bello, no lo es por estar ajustado á las prescripciones de una escuela cualquiera, como lo bueno no dejará de serlo aunque nuestras ideas sobre el bien y el mal cambien ó se modifiquen diariamente.

Éstemos en lo cierto, confesando que el único sistema literario inadmisibile, es el que atropella la moral ó se enfrasca en las encrucijadas de lo inverosímil.

* * *

En la realización de toda grande empresa tiene parte importantísima la fe, allanadora de imposibles. El excepticismo es la nada; la nada no crea.

Los escritores, entre todos, no sobresalen jamás sin la ayuda de ese auxiliar misterioso. Yo no encuentro gran novela, gran poema, en que la religión no figure. Si se trata de un moribundo, ahí aparece el sacerdote, abonando con sus preces al que luego estará en la terrible presencia de Dios; si de la madre que llora por el hi-

jo perdido, María, que es madre amantísima, echará sobre ella una mirada de consuelo; si del hombre sacudido por los dolores más violentos, presto le veremos tratando de recordar las oraciones que de niño recitaba con su voz balbuciente. Y cómo los que deben todos sus triunfos á la fe salvadora han de empeñarse, si no son locos, en despojar á los hombres de ese precioso talismán, fortaleza del alma, refugio de la virtud y de la dignidad en las borrascas de la vida? De veras yo no conozco tarea más insensata, que la de aquellos que ocupan el talento por Dios concedido, en negar á Dios.

La sátira, arma noble cuando con ella se atacan los vicios y las iniquidades, pero de uso ilegítimo si se la emplea sólo por el prurito de hacer reír, ha contribuido poderosamente á matar las creencias, fiadoras de la honradez. La sátira, por un lado, por otro la ciencia miope: he ahí los dos enenigos de la fe; y la verdad es que si ésta llamara á juicio á esa sabiduría necia que todo lo reduce á lo material, la sentencia sería desastrosa para la última.

No hablo de religión determinada. Cuéntese con Dios, y el hombre se habrá salvado.

Pero esta civilización sin poesía, sin misterio, que nada dice al alma; que atribuye los más elevados sentimientos á combinaciones químicas; que pone el secreto del genio en un poco más ó menos de fósforo; que aniquila lo desconocido, supremo anhelo del hombre; que desprecia las utopías, como si las utopías no estuvieran día á día, al realizarse, demostrando la parte noble que hay en nosotros; que so pretexto de veracidad histórica suprime á Jesús, honra de la humanidad si hombre, su salvador si Dios; esta civilización ¿qué hará sino matar el entusiasmo y alejar la esperanza y apagar la caridad y cegar en fin todas las fuentes de la poesía?

Llenad el cerebro hasta donde queráis, mas no dejéis vacío el corazón, porque habréis retrocedido. Vosotros, escritores: vosotros más que nadie necesitáis creer. Creyendo se descubren los continentes, creyendo se mata la esclavitud, creyendo se conquista la libertad, creyendo se cuenta con Dios á toda hora, y contando con Dios se tiene seguro el vencimiento.

* * *

Concluyamos: eclecticismo en ideas y

tendencias; cultivo esmerado del idioma, dando á los clásicos el lugar que les corresponde; libertad completa en cuanto á las doctrinas de los diferentes sistemas literarios, sin excluir ninguno en absoluto, aunque sí rechazando lo que en todos ellos haya de exagerado ó de inverosímil; respeto profundo á las creencias, tanto porque estas encierran tesoros de belleza nunca agotados, como porque ellas responden, en gran parte, por la moralidad de los hombres; conciencia clara de la responsabilidad que cada uno tiene por el buen ó mal uso de sus facultades; convicción firmísima de que el pensamiento ayudado por la palabra es el arma prepotente que Dios nos ha discernido para alcanzar nuestra perfección: he aquí lo que han de tener presente todos aquellos á quienes la Naturaleza haya otorgado la gracia inapreciable de la inspiración literaria.

Producir la belleza, es lo grande; realizar el bien por medio de la belleza, es lo sublime.

NOTAS.

—Es de admirar la buena fe con que los hombres han convenido en llamarse civilizados. No hay pueblo que conozca su barbarie, y sin embargo esta forma todavía el patrimonio de la humana especie.

—Cómo nos juzgarán las futuras generaciones, cuando sepan que en nuestro sistema rentístico entran por mucho el aguardiente y el juego?

—La crítica á la moda, ha establecido un criterio especial para juzgar á los grandes hombres: en estos, no parecen los vicios tan repugnantes como en los demás. Pero si se reflexiona que á más claro talento corresponde mayor responsabilidad, se verá que las faltas pequeñas en la mayoría de los hombres, resaltan en los distinguidos. Yo encuentro más fea una mancha en la plata bruñida que en el humilde bronce.

—Los pueblos jóvenes son ignorantes y groseros, pero su rusticidad sirve de cubierta al vigor que dan la justicia y la

sinceridad. Bien puede asegurarse que no alcanzarán larga vida, las sociedades que, siendo nuevas por los años, son viejas por los vicios y por la mentira. De esto padecen muchos pueblos de América.

—Conservarse puro y honrado, siendo pobre, en medio de una sociedad que ha perdido la dignidad y el sentido moral, es algo más grande que el más grande heroísmo.

—Los padres son dueños de sus bienes, nadie lo duda; pero los hijos, que han venido á la vida, no por su voluntad, sino traídos por los padres, tienen derecho á que se les proporcione los medios de realizar este viaje. Si un padre deja á sus hijos perfectamente provistos, con una buena educación, para realizar su destino, bien puede, al morir, dejar sus bienes á quien le cuadre.

—El mundo es muy viejo, y sin embargo, no puede comprender todavía cuáles son sus verdaderos bienhechores, por lo cual es naturalmente ingrato.

—Qué tiene de cristiana una sociedad en que los grandes explotan á los pequeños, en que el hombre sólo piensa en el medro, la mujer en el lujo, en que el honrado vale menos que el tramposo? Qué

tiene? Nada, y en vez de atacar la religión por insuficiente, debiérase comprenderla y practicarla en su verdadero sentido, para lograr la dicha que no pueden darnos tantas necedades que con el nombre de sistemas acogemos todos los días.

—La providencia es innegable. No sería Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno, si el resultado de su sabiduría y de su bondad, no fuera la constante protección al bien. Pero no pensemos que tenga El necesidad de intervenir directamente y á cada paso en el destino de las criaturas. No, sino que es ley, ley infalible aunque fuera de nuestra comprensión, el que el bien, produzca el bien, y el mal, el mal. De manera que la providencia es efecto de la justicia.

--Nunca consistió la verdadera grandeza de las naciones en la extensión de su territorio ni en el número de sus habitantes. Grecia era pequeña; Suiza, lo es. Por consiguiente, no debemos esforzarnos por ser más, sino por ser mejores. Un solo hombre honrado, vale más que dos malos. Lo mismo se puede decir de los pueblos.

—Si eres justo, humilla tu corazón á Dios, porque no ha decaído; pero acuérdate que el peor de los demonios, fué el mejor

de los ángeles. La flaqueza es nuestra herencia común.

—La república sería el mejor sistema de gobierno en una sociedad de sabios y de santos. Entre tanto, lo mas natural es que gobiernen los que tengan mayor honradez y mayor ilustración.

—Franklin primero, Napoleón después. Cuando estemos penetrados de esta verdad, habrá concluído la desdicha de los hombres.

—Un alma que no admite transacciones con el mal ni con los malos, es el único tabernáculo de la verdadera grandeza.

—Meditar sobre ese negro cáncer que se llama alcohol..... para qué? Quién no tiembla, quién no se espanta ante ese demonio, padre de todas las concupiscencias, aniquilador del pensamiento, tan odioso, tan infame que llega hasta falsear la naturaleza, pues rebaja al hombre al nivel de los más bajos animales? Qué los libros, que las leyes, qué la religión para un borracho?

—Es frecuente encontrar en las casas de los ricos, los bustos de Bruto y de Catón; lo que no se halla, es un crucifijo.

—Los grilletos de los presidiarios son ligeros comparados con la cadena de las deudas.

MONTALVINA.

ME están matando la paciencia todos los días, á fuerza de hablarme de genios.

A este paso, muy pronto veremos sobre las puertas avisos que digan: F. de Tal, genio, fabrica taburetes etc.

Pues yo digo que los genios no se encuentran en cada esquina; yo digo que el genio es presente del cielo, que no se hace á ningún mortal sin qué ni para qué; yo digo que el genio es sér de superior especie que Dios echa á la tierra para que venga en lucha dolorosa y terrible, á matar fieras, á romper injusticias, á destrozar iniquidades, á aniquilar todos los monstruos que día á día se están tragando á los débiles, á los pequeños, á los humildes, á los pobres de espíritu; yo digo que el genio, no pone tanto su corazón y su alma, en cincelar frases áureas, como en ahullentar la ignorancia y la tiranía. Su musa es siempre la misma, el derecho; su misión es siempre la misma, ser paladín de los indefensos; su vida es siempre la misma, luchar, luchar á muerte contra el mal; su recom-

pensa siempre la misma, el odio, la ingratitude de sus semejantes. El genio gasta melena leonina, no ostenta plumaje de ave del paraíso; no trina en flauta dulce y enervante, ruje en trompa estremecedora; no pone el pensamiento en placeres de la tierra, sino en triunfos de la conciencia.

Yo quiero los genios á lo Hugo, á lo Cervantes, á lo Montalvo, sobre todo, á lo Montalvo.

Queréis conocer al genio? vedle ahí que asoma de repente, armado con la maza de Hércules, tronando contra las bestialidades humanas, desecando los fangos del pecado, extirpando la inmundicia moral, matando la cobardía del esclavo y la osadía del tirano. Su paso es majestuoso y solemne como de fantasma levantado del sepulcro; á cada palabra suya, corre despa- vorido un vicio, se esconde avergonzada una preocupación, se yergue triunfante una virtud, se levanta victoriosa una verdad. Las zarzas del camino que hieren su frente, quedan hechas rosas; y él va pa- sando, pasando, austero, radiante, inque- brantable, hasta que desaparece entre las brumas de la eternidad. Sobre su tumba, se amontona el odio de los malos y la ad- miración de los buenos.

ESCUELAS



EL ROMANTICISMO

EN SUS ojos chispea volcánico el ideal; su melena olímpica tiene sacudimientos épi- cos que estremecen.... Su silueta trágica revela no sé qué de fatídico, que se pierde en lo desconocido, algo así como los linea- mientos de un espectro.

Cuando su voz huracanada impetra á los fantasmas, parece el genio oscuro del abismo. Al contacto terrible de su mano descarnada, los seres reales se vuelven som- bras aéreas, vaporosas, intangibles.

Todo en él es fantástico, luminoso, os- curo, horrible, sombrío, espantoso; y su ideal se pierde en un florecimiento de ilu- siones, desengaños, sueños y delirios que se desvanecen en la sombra.

Es lo estrambótico en lo absoluto, hecho trágico por lo desconocido y petrificado en lo invisible.

EL REALISMO

Al entrar á mi casa, me miró desde lo alto de su corbata blanca, y atusándose su

bigote rubio, terminado en puntas muy retorcidas, con los dedos pulgar é índice, en el cual brillaba un magnífico diamante, dejóse caer sobre una poltrona cubierta con velo de finísimo encaje blanco de Malinas, cerca de la cual había un precioso nesece de caoba con incrustaciones de nácar, sobre el cual, en desorden y empolvados, veíanse varios libros encuadernados con magnífico cuero de Rusia y con ilustraciones de Gustavo Doré.

Cruzó sobre la izquierda su pierna derecha, fina y nerviosa, que, al mecerse de un lado á otro, imprimía un movimiento oscilatorio á las cintas de seda de su zapatilla charolada.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, me dijo, dejando ver, al hablar, dos hileras de dientes perfectamente limpios.

Iba á contestarle, pero en aquel momento unos carros que pasaban rodando sobre el empedrado de la calle, nos impidieron con su ru, ru, ru, hablar largamente.

—Lo dejaremos para otro día, si gustáis.

Tomó su sombrero, dióme la mano, y se fué, dando vueltas á un bastoncito de barra llena con puño de oro, regalo de una querida jóven y espiritual, según supe después.

LA ESCUELA PARNASIANA

Era una muchachita de cabellera rítmica, con mucho azul en la voz y mucho oro en la mirada. Su andar perlado ostentaba un cristalizamiento escultural, triunfante y límpido, y su sonrisa marfilina tintinabulaba como una disolución de topacios en jarrón pentélico.

Yo estreché entre las mías su mano oriental y vibrante; esculpí un beso alado, y con voz acerada, le dije: mi abuela es mi pariente!

SOMBRA S.



Luchar, siempre luchar; no transigir jamás, ser inmutable como la justicia, duro como la roca, inflexible como el destino; cerrar los ojos á los deslumbramientos de la riqueza; volver la espalda á las seducciones del mundo; desdeñar el camino sembrado de flores, para irse, cubierto de andrajos, á meditar en la soledad, á inclinarse sobre el abismo en busca de los monstruos; "ser la eterna protesta"; despreciar la compañía de los placeres, para acompañarse con el deber que no conoce sino lágrimas y dolores....; poner á un lado la copa de oro en que bullen triunfantes la hermosura, el amor, la riqueza, la fama, y llevar á los labios el cáliz amargo, preñado de dudas, de miserias, de desfallecimientos, de fastidio, de oscuridad, río de aguas negras que atosigan el pecho sin calmar la sed insaciable.....

* *

Estoy triste: tengo la horrible tristeza

de la duda, el dolor inconcebible de la vacilación. ¿Sabéis lo que es un hombre parado á mitad del camino, jadeante de fatiga, desfallecido por la carrera, viendo que el día se acaba, que apenas tiene unas cuantas horas para terminar la jornada, y que de repente, con los cabellos erizados por el espanto, se pregunta en voz baja, muy baja: me habré equivocado? habré errado la senda?

* *

Tengo sed de gozar: traedme mujeres hermosas; carnes sonrosadas y mórvidas; ojos negros como la noche; labios frescos y encendidos que estallen en cascadas de besos; brazos torneados en que el amor se adormezca; cabelleras undosas que me envuelvan como mantos de oro; senos turgentes en que palpите todo el fuego del infierno; manos suavísimas que al tocarme hagan hervir mi sangre; traed las copas rebozantes de champagne luminoso; quiero la danza loca, interminable, que produzca el vértigo. Plena orgía, fiebre, delirio, locura, miradas lujuriosas, besos que saquen sangre, abrazos que disloquen, bocas que muerdan, rugidos de alegría, mares de vino, cantos que enciendan el deseo,

un coro inmenso de risas, gritos, cantares y blasfemias que ahogue, que desvanezca, que apague los gemidos de la conciencia....

*
* *

He nacido, he crecido, he abierto mi corazón á la luz; he soñado con la gloria, he luchado por la virtud; todo lo grande, todo lo santo ha tenido un pensamiento mío. El escudo embrazado, la espada en alto, puesto siempre á morir por las nobles causas. Bueno: mañana, cuando muera, los hombres me consagrarán cuatro tonterías, y los gusanos se van á dar tal atracón, que estoy temiendo no vayan á morir todos indigestos.

*
* *

Siento que en mi alma anochece.....

*
* *

Desde la cima de este monte, mis ojos abarcan el panorama de la tierra. Se ven desde aquí, cosas muy divertidas. Allá abajo, en aquel vallecico tapizado de esmeralda, trisca alegre un manso cervatillo. Qué cabriolas tan graciosas, qué movimientos tan llenos de gentileza! Pero no le dura mucho la fiesta. Por ahí aso-

ma un lobo hambriento que, de seguro, no esperaba tan rico almuerzo. Venid á ver: sus ojos son dos ascuas; su lengua sangui-nolenta se agita en los fauces con rapidez admirable. Ya se agazapa, pega el vientre al suelo, se contrae, salta como relámpago y hunde las garras en las palpitantes entrañas del pobre animalillo. Y qué carne tan tierna, y qué sangre tan delicada! No negaréis que el amigo lobo tiene un gusto exquisito.

Alzad ahora los ojos hacia aquel árbol; veréis ahí un precioso nido que sirve de cuna á tres pichones. No hay gloria como verlos cuando la madre llega á meterles el grano en el pico. Entre uno y otro arrullo van engullendo su comida los pequeños glotonos. Almorzaron? van ahora á dormir bajo el tibio plumaje de la paloma; mientras viene el sueño, ella entona su cancioncilla. Cú, cú, cú, cú,....qué es eso? La cosa ha tenido mal fin. No contábamos con ese pícaro gavilán enemigo de la poesía, que en vez de recrearse contemplando á estos lindos pajarillos, se los sampa uno á uno, haciendo remilgos de gastrónomo.

Qué os parece esa muchacha que viene por ahí dando envidia á las flores con su

garbo de reina? Se balancea como un lirio; su risa vale más que la charla divina del sensonte; sus mejillas son la desesperación de las amapolas; sus piesecitos, no pueden servir como no sea para comérselos; tales son de sonrosados y tersos. Pues si no tenéis prisa, esperad un poco: he visto entre las matas, en acecho, á un sátiro. Ahí está: es cuestión de un momento convertir á esa hija de la inocencia y de la gracia, en andrajosa prostituta. Yo le aconsejo al seductor, que en adelante no tenga tratos con ella; no merece perdón esa tonta que así se ha dejado deshonestar. Lo más gracioso, es que hay hombres que se aflijen por estas cosas, como si cada ser no tuviera su destino, como si andar lloviendo y gimiendo siempre, valiera más que entregarse al goce de la vida.

* * *

Las lágrimas me dan vergüenza. No son para mí. Qué oscuridades, qué huracanes, qué tormentas habrá en el cielo de mi alma, cuando no puedo evitar que mis ojos se arrasén en llanto!

* * *

Sabéis lo que deseo? A media noche, cuando todo esté quieto y silencioso, tomar mi báculo, entreabrir calladamente la puerta de mi estancia y alejarme de los hombres. El día me hallará muy lejos, perdido en una selva impenetrable. Seguiré mi camino, sin volver los ojos hacia atrás, sin pararme un momento, sin torcer mis pasos á ningún lado. Empieza á caer la tarde; no se oye ni el leve susurro de las hojas, hé llegado al desierto: un mar de arena que no tiene orillas. Yo sigo adelante. El sol se esconde, ya está ahí la noche; las densas nieblas ocultan una á una las antorchas del cielo. Yo camino aún. Al fin, la última estrella que guiaba mis pasos se esconde tras de una nube; entonces me tiendo tranquilamente sobre la arena y me duermo para siempre.....



ASHTA.

—Ashtá, ashtá!.....

—Calla, pobrecita: qué quieres?

Los niños no debieran llorar, Para qué? si ellos no tienen dudas, ni dolores, ni fango en el alma.

—Oye muchachita: estás así muy fea; lo que te cae bien, es la risa loca é interminable, el chillido, el grito alegre.

—Ashtá, ashtá.....

Por Dios que tiene razón la pequeña: todo el día se lo pasa tirada por el suelo, arrastrando su endeble cuerpecito, sin tener por suyos ni un momento los amorosos brazos de la madre. No es para ella el mimo; no es para ella la dulce caricia; no es para ella el divino canturriar á cuyos ecos doblan la cabeza y cierran los ojos estos angelitos desterrados que llamamos niños.

—Ashtá, ashtaa!.....

No oís esa queja? Ya está, dice, como si adivinara la cadena infinita de dolores que ha de arrastrar su vida miserable. Profetiza de la desgracia, sus ojos escu-

driñan el porvenir, y tiembla en su corazón y se estremece en su pensamiento, y de su boca que ya probó el cáliz, brota ese grito doloroso que pide socorro! Pero la infeliz está perdida, y no hay para ella otro auxilio sinó caer de rodillas, rogando al cielo por su muerte.

*
* *
*

Una noche, á la hora del rezo, la hermana portera oyó no sé qué vagidos ahogados; echose á la calle, y á poco entró con un envoltorio en brazos.

—Hermana Superiora: la Virgen nos envía un ángel; acerque la luz, que le vea yo y le coma á besos á este confite.

Corrió aquella, y ambas iban á besarle Oh Dios! qué horror!..... El confite, el ángel tenía todo el cuerpo granujiento y sembrado de pústulas!

Las santas mujeres apartaron los ojos inundados en llanto, y su voz temblorosa llevó al cielo esta súplica: "Virgen de los Desamparados! lleva, llévate á esta desdichada."

La Virgen no se la llevó, y los médicos la salvaron, condenándola á ser presa del gálico, un pedazo de carne podrida!

*
* *
*

Tu padre, ah! tu padre andará por ahí echando hijos al mundo, haciendo desgraciados, contento, satisfecho el monstruo, encareciendo sus hazañas á sus estúpidos compañeros.

Allá lo miro en el fondo de una taberna: los ojos encarnizados, la cara roja por el alcohol, narrando una aventura. "Pues si: tal noche como esta encuentre á una.... le pedí la patente, ja, ja, ja. Y el tuerce, hombre, el tuerce! tuvo un hijo la maldita! Vaya, suceden cosas! Quién sabe qué se hizo aquel demonio; no la he visto más."

—Ashtáa, ashtáa....

Tu eres un pequeño Job, más que Job desgraciada porque ningún ángel desciende á confortarte, ni hay quien pase á tu lado los días y las noches perdido en la meditación.

Si supieras hablar, qué grito saldría de tu boca!

"Perezca el día en que nací!

Perezca el día en que á mi madre le dieron la patente de ramera!

No sea contado entre los días aquel en que la satisfacción de un torpe apetito echó sobre mis hombros esta carga!

Maldito el hijo de la lujuria que me enjendró!

Malditos los que profanaron el amor y me sacaron del sueño eterno!

Pues ahora estaría olvidada en el silencio, y no pondría mi esperanza en los gusanos del sepulcro!"

* * *

Sabes lo que es un niño? Manjar apetitoso que comemos de mil maneras: á besos, á miradas, estrechándolo, aspirándolo como á una flor. La boca no conoce sensación más dulce que la de chupar dos manecitas rollizas y manidas, y los pies, los piesecitos son á veces tan provocadores, que mucho puede la voluntad cuando evita cortarlos de una sola dentellada. Los niños..... á todas horas queremos saborearlos, y á todas horas, en tanto sentimos su contacto salvador, no hay remedio sinó que nos volvamos locos de alegría y nos sintamos buenos y nos vengan deseos de llorar y de bendecir á Dios.

A tí, quién te podrá besar, quién habrá de estrecharte, á quién volverás loco; si tu aliento mata, tu vista horroriza, tus manecitas hieden y tu boca apesta! Te besará tu madre, pero en cada beso te inoculará el veneno, y en cada emanación de su aliento te bañará con el virus odioso de su san-

gre. Aun el amor huirá de tu corazón: temida de las gentes, despreciada, quién podría amarte? Acaso, acaso otro infame como tu padre, agujoneado por la ebriedad, sentiría la parodia del amor y te daría hijos que como tú nacieran malditos!

Si vives, refúgiate en la ignorancia; no dejes romper esa égida tenebrosa, porque el saber sería para tí abismo de desesperación en donde sólo hallarías maldiciones para los hombres y blasfemias para Dios.

* * *

Mañana ... mis ojos rompen el velo del porvenir y contemplan un cuadro tristísimo. Mira: por entre las rejas de esa puerta, una mujer lanza miradas lujuriosas á los transeuntes: frente arrugada de donde el rubor huyó para siempre; ojos sin luz circuidos de ojeras profundas que oponen dique infranqueable á las lágrimas; el cabello, grñña irreducible; en su pálido rostro resalta la rubicundez de las mejillas, como gota de sangre en la corola de una rosa té; su boca es hervidero de insolencias; el aliento, por su fetidez, enemigo del beso; la sonrisa, amarga y desdeñosa, está llorando la fe muerta en esa alma.

En su seno no lleva el billete del amante, ni el retrato de la madre, ni la bonita estampa de María con el niño Jesús en brazos, ni el recuerdo de la amiga, ni el rizo cortado á la cabeza del hijo ausente. Qué lleva? un áspid: la patente de prostituta y la certificación del médico, garantía de su *aptitud*....

Y tú quieres parar en eso?

Ah! tu no irás allí: Dios te envolverá en su misericordia y te llevará á la rejión purísima donde no hay lepra en los cuerpos ni en las almas....

Así llevara á tantos desgraciados que sufren sin causa, frutos de la infamia que el infierno hecha al mundo en forma de imbeciles, locos é idiotas!

Ashtá. ashtá, ashtá.....

MONTALVINA.

ODIO.



TENEMOS un duelo á muerte; uno de los dos ha de caer para no levantarse más. Duelo? Acaso eres digno de batirte conmigo? Tú villano, tú reptil, tú ladrón habías de lograr tan alta honra? Mi venganza es lo que te espera. Mi venganza, nó, tampoco; justicia será, castigo. Sí, tengo de castigarte inexorablemente.

No huyas: á qué desierto tan apartado irás á guarecerte de mi furor? En qué tinieblas tan profundas desvanecerás tu ruin silueta que los rayos de mis ojos no te abrasen? No te escondas que yo voy contigo á todas partes: turbo tu sueño, amargo tus triunfos, mato tus esperanzas, sosobro tus proyectos, humillo tu altivez, ensombrezco todas tus ilusiones, todos tus ensueños. Ese sobresalto que te acomete en medio de tus mayores alegrías, soy yo; ese sabor amargo que hallas en lo que comes, soy yo; esa desabridez de tus bebidas, soy yo;

ese golpear del corazón que te raja el pecho, soy yo; esa negra pesadilla que te arranca gritos despavoridos, soy yo; ese sudor frío que baña tu frente y desmaya tus alientos, soy yo; yo, siempre yo!

Perdón! Perdón! Tú pides perdón! ¿Y desde cuándo lo alcanzan las sabandijas? ¿Será cosa de que todo gusano que nos eche encima su baba asquerosa se ponga después á pedir perdón? Quiéres que te perdone para seguir vertiendo tu veneno sobre todo lo santo, sobre todo lo grande?

Ya habría yo despedazado esta pluma, sino me sirviera para escarmentar á los viles. Ella es mi defensa, ella me asegura el respeto de los atrevidos, ella me escuda contra la injuria de los perversos. Estos pueden herirme, cómo nó? Yo no soy invulnerable, sobre todo, para los hijos de la traición. Ganan mi confianza, se apoderan de mi cariño, ya son mis hijos; no hay más sino buscar el momento propicio, estarse en vela, escojer lo más profundo de mi sueño y asestarme la puñalada. Pero gracias á Dios, estoy vivo y ya me preparo á la venganza. El hierro con que voy á marcar ese rostro enemigo de la vergüenza está ya hecho ascua, y aun así temo que se apague al tocar en la po-

dre que ha usurpado el puesto de la sangre en ese miserable!

*
* *

Entre los premios que la humanidad agradecida suele dar á sus honradores, ninguno tan alto como convertir un nombre propio en palabra de alabanza. Donoso Cortés puede muy bien pasarse sin estatuas, seguro de que su fama venga á menos, escudada como está por ese precioso adjetivo con que se enaltece el estilo de los grandes escritores. De uno de esos reyes de la pluma, decimos que tiene estilo donoso, con lo cual, al mismo tiempo que dispensamos merecida recompensa, subimos á empinado puesto la memoria del gran estilista español. Esta feliz trasposición de significado puede también operarse en sentido contrario, y entonces viene á ser el mas terrible insulto inferido á quien por sus malas acciones da motivo para cambio semejante. Un ignacio es un mal hombre. El pícaro que merezca el nombre de ignacio, que le pregunte el porqué á ese temible castigador de tiranos. Yo, qué tengo del alma luminosa de Montalvo? De dónde el poder suyo para eternizar el nombre de un canalla? De dónde? Ah! es

que el grito de un corazón herido alcanza muchas veces las proporciones de lo sublime. Una alma ruda pero buena, puede hallar el secreto del genio si se siente burlada en su fe, en su ideal, en sus esperanzas. Mi alma es ruda y ciega, pero Dios le presta una luz poderosa y un poder sin límites para sacar de sus escondrijos y aniquilar á los monstruos humanos.

Lo que hace—dice Salomón—que los malos no se corrijan, es ver que el castigo viene para ellos tarde ó nunca. Ven que la suerte trata por igual á los inocentes y á los culpables, y de ahí que se empedernezcan en la maldad. Yo no quiero ver á este empedernido en la maldad. Ha caído bajo mi jurisdicción, y si le dejo impune, hoy á uno, mañana á otro, irá envenenando muchas existencias, hasta dejar su camino sobre la tierra inundado de lágrimas y de sangre. No será que por una mal entendida compasión se ofusque hasta el extremo de contar como triunfos sus negras fechorías. Yo he de hacerle sentir el cautero, á ver si logro carbonizar esa lepra que amenaza contagiar muchas almas.

*
* *

Sabia, muy sabia la naturaleza, pero qué

extravíos tan lamentables no padece en ocasiones! Puede ser mayor desgracia que dar con un hombre inteligente y malo?

Nada más espantoso que una de estas criaturas que con la cabeza tocan en las nubes, mientras su corazón, nido de víboras está tirando hacia el infierno. Ellos son nuestros peores enemigos; á ellos les debemos los pesares más hondos; á ellos los crímenes más inauditos; á ellos las cadenas de los pueblos; á ellos el embrutecimiento de las masas; á ellos cuanto borrón cae sobre la mísera humanidad. Lo más desesperante, es que hasta poetas asoman entre estos seres malditos, Poetas! vasos sagrados, relicarios en que se encierra todo lo noble y todo lo santo; altares en que se adora á Dios perpetuamente; urnas preciosas en que se contiene el bálsamo que cura todos los dolores; cristos que día á día se ofrecen en sacrificio por la redención de sus semejantes; criaturas perfectas que logran apartar de las flaquezas terrenales los irritados ojos del Señor! Poetas perversos, poetas traidores, poetas ingratos, poetas aduladores; es posible? es posible! Si juzgamos así, hay que perder toda esperanza, abandonar este mundo en que todo es desordenado, in-

justo, ilógico. Pero pensemos como prudentes, y ahí está descubierto el enigma. Tal como en la creación física se encuentran seres incompletos que son como ensayos de la vida animal para llegar á las especies perfectas, se encuentran asimismo en la creación moral, almas incompletas, espíritus semiformados que no alcanzan el verdadero tipo concebido en la economía universal. Los malvados de talento, los ruines que hacen versos, son los murciélagos del mundo moral, seres que no tienen pleno derecho á la vida, como que han nacido de una equivocación.

Poeta es el que siente, dice y hace grandes cosas; el que siempre tiene el pensamiento en Dios; el que con una mano arranca de la lira divinas armonías, y con la otra enjuga las lágrimas de los desgraciados. Quien deja el plectro de oro para blandir el puñal homicida, no es poeta; murciélago, demonio disfrazado, cualquier cosa, pero no poeta. A estos, hay que echarlos á latigazos del templo de la gloria; inmortalidad, si la quieren, que sea la del escarnio; corona, no de laurel, sino el birrete de los ajusticiados.

Me da lástima pensar en las contorsiones, en los gestos desesperados, en los gritos temerosos que mis palabras le han de arrancar á este hijo de la ingratitude. Pero de quién la culpa? No puedo yo consentir en que me roce la cara el primer andrajo que pase junto á mí. Por fuerza he de cojer la escoba y quitarme con ella las inmundicias.

Aun es tiempo de que salga con vida de entre mis manos. Recójase en su pensamiento, atienda á las sacudidas de su conciencia, rompa en llanto purificador, extirpe los hongos pestilentes que le están bebiendo la savia del corazón, seque al sol de la virtud el negro moho que le tiene encostrada el alma, y yo le perdonaré; de otro modo, acabaré en él mi oficio de verdugo.

* * *

Una buena vieja á quien conozco, beata incorregible capaz de comerse los ladrillos del templo, ha dicho varias veces que soy un masón de marja, y que mi ejemplo había de corromper al angelito que estoy ajusticiando.

Yo, señora, no estoy quebrado con las cosas santas. Jesús es uno que nunca se

va de mi pensamiento. María, María la sin mancha, es para mí tan venerable, que jamás la he dejado entrar en el terrible laberinto de mis dudas. En mis tribulaciones, en mis desmayos de ánima, ella hace las veces de mi madre ausente: la invoco, le hablo con la confianza de un hijo, y cuando soy víctima de los pérfidos, hallo en ella mi refugio y mi consolación. Ah! sí, María! Recuerdo que una de mis glorias cuando niño, era irme todas las tardes en el mes de mayo, á cortar las olorosas amapolas para el trono de la virgen. Stabat Mater, villancicos de Mauri, Ave-María de Gounod, yo me los sé y los canto muchas veces. Cómo no? Ésos himnos armoniosos, solemnes, que infunden santo recojimiento, son música divina que se lleva al cielo en cada nota, un mundo de elevadas aspiraciones. Cuántas veces no me han arrojado del templo los gritos estridentes de un monigote, ó los *chiquichiquis* con que profanan el órgano los encargados de tocarlo? Polkas, walses, contradanzas, mejores me las dan en la retreta; pero no por eso soy enemigo de la religión. Con la masonería no tengo cuentas. No se aviene con mi caracter franco, enemigo de escondrijos, aborrecedor de todo lo

que solicita el amparo de la noche. Por lo demás, yo conozco masones honrados, muy honrados.

Si el pingajo con figura de hombre que me obliga á decir estar cosas, se corrompe, se pudre, no será porque yo le haya hecho masón. El, de propia gana se ha entrado de lleno en la logia de los borrachos y de los tahures. Méritos le sobran para que yo le haga caballero Cadoc de los traicioneros, grado treinta y tres de los hampones, y sino alcanza á Venerable, no será porque yo me oponga. Qué me había de oponer? Venerable ladrón, primer vigilante del sueño de los hombres de bien para herirles por detrás, todavía es poco para él; Judas está esperándole en el Infierno, con el sombrero en la mano, para cederle el puesto de Gran Maestro de los infames.

* * *

No deis lo santo á los perros, dice la Escritura; no echéis vuestras perlas á los puercos, porque las osarán y las hollarán con sus pies inmundos.

Quién sabía si éste era perro ò puerco? Perro no, absolutamente, todo podrá lograrlo menos lo de ser perro. Cuándo se

ha visto traición y felonía en ese noble animal? Precisamente, es él una de las criaturas predilectas de la naturaleza. Valiente, abnegado, sincero, fiel hasta la muerte. No, este tunante no tiene en que fundar su pretensión de que le tengan como perro. Puerco, sí: bolsa de trichina, depósito de sarna, animal inmundo á quien las religiones miran con malos ojos. Puerco sí, no hay inconveniente. Si todavía no tiene la figura de tal, la degeneración de su espíritu se la dará muy luego. Quedamos, pues, en que es puerco.

Que aguarde: yo lo meteré á latigazos en la piara. ¿Y si no lo admiten sus compañeros? Sino le admiten.... le haré para él solo, con el lodo de su infamia, de su pequeñez, de su vileza, enorme pocilga en que á guisa de trono reine como señor de los puercos, por todos los siglos de los siglos.

ANTONIA GALINDO.



Lo malo de la muerte está en que no podamos avenirnos con ella, por más que sea ley universal. Este desaparecimiento inevitable de los seres está reclamando de nuestra parte, tesoros de fe y de valor para no abatirnos en la desesperación. A despecho de la realidad, fundamos nuestras esperanzas, como si no hubiera sepulcros; ciframos nuestros afectos, como si no fuéramos polvo y ceniza; tanta es la certeza y la necesidad que tenemos de lo perdurable....

Qué pérdida!

Por grande que sea, yo no la siento aún en su verdadero precio. No así como quiera admite el alma la certidumbre de la desgracia; pero el tiempo vierte en el corazón, gota á gota, la hiel de la verdad, y llega un momento en que tirados de rodillas en lo apartado de nuestra conciencia, exclamamos como Jesús: "Padre mío: si es posible, no pase por mí este cáliz".... Ah! es preciso apurarlo todo; llorar por

los que nos dejan, arrostrar esta orfandad del alma y caer rostro por tierra, implorando la misericordia de Dios.

* * *

Estoy yo hablando de cosas íntimas, cuando la ocasión requiere algo que afecte al interés de todos.

Entremos, pues, á considerar en lo que fué esa querida amiga nuestra, estrella del arte extinguida cuando comenzaba á iluminarnos con sus rayos.

Antonia, como poeta... pero qué voy yo á hacer metido á crítico? Del verso no comprendo sino es lo que me toca el alma. Además, habré de romper en elogios sin medida, nunca más impropios que cuando se dan á los muertos? Esos viven en plena serenidad; una mentira más ó menos, no presta nada á su dicha inmutable.

Que no se entienda esto al revés. Entre nosotros, escasos de ambiente literario, faltos de todo estímulo, obligados á luchar con la indiferencia cuando no con el desprecio, la crítica ha de contentarse más bien con las intenciones que con los resultados. Dios sabe cuánto de heroico hay en darse á pensar y á escribir, con la

certeza de que mañana, cuando haya volado la juventud, cuando haya huido esta hermosa edad en que uno se ríe de todo, vendrá la vejez con su cortejo de miserias, vendrá la soledad, el olvido, el hambre... todo lo que la suerte depara á quienes no quisieron hallar el camino de la prosperidad.

Esto advertido, pasemos adelante.

Antonia, era poetisa de finísimo sentimiento y de voladora inspiración, si preciada por lo que hizo, más, mucho más por las ricas joyas nunca externadas, á causa de motivos sólo comprendidos por los que llevan allá dentro, ensueños y esperanzas que como aves entumecidas se están muriendo antes de nacer, por falta de calor y de luz.

Lo que ella se llevó sin manifestar: he aquí lo sensible. Su verdadero numen, no es el que ha dejado en sus versos; aparecía en sus conversaciones íntimas. Hablar con ella, un deleite. De mí sé decir que cuando le fuí presentado, tuve un rato amargo. Aquella soltura, aquella vivacidad suyas, no eran para armonizar con mi lenguaje tardo y mis modales desmañados. Después, ya fué otra cosa: la confianza me dio alas y me atreví á pul-

sar todas las cuerdas de aquel arpa delicada. ¡Y cómo brotaban las notas! ¡Cómo salían de su boca, raudales de palabras sonoras, vibrantes, llenas de fuego; música electrizante que llegaba al alma, en alas de miradas que eran centellas!—Contrariada, exaltada por la discusión, rompía en torrentes de frases rápidas, acedadas, cortantes, tan hermosas, tan preñadas de ideas y de sentimientos, que hacían sentir al vencido toda la alegría de un triunfo.

No sé si escribió prosa, pero estoy en que hubiera sido, á quererlo, notabilísima escritora.

* * *

Cada vez que un sol se extingue, los que han cobrado vida con sus rayos se entregan á protestar contra el destino. Pero esos mismos, cuando el sol resplandecía en toda su gloria; cuando desde su trono excelso echaba ríos de luz, no alzaron los ojos sino para hacer constar su indiferencia. Es uno de los más ricos goces de los hombres: probar que no les importa aquello que precisamente es su salvación ó su honra; dejar morir en la miseria moral ó física á los que debieran ser sus predilec-

tos, sin perjuicio, eso sí, de verter lágrimas tardías, de dispensar gloria póstuma que, más que reparación, viene á ser horrible sarcasmo, último insulto arrojado á esas pobres almas que por lamentable extravío vienen á peregrinar en la tierra.

No estoy haciendo aplicaciones, aunque si fuéramos á profundizar en la vida que acaba de perderse, ¡quién sabe si no encontraríamos un cáliz rebozando de amargura, de tristeza, de esa horrible nostalgia de los corazones que no son comprendidos. Ni exigencias de la amistad, ni ruegos de familia, ni reclamos de sus admiradores fueron bastantes á que Antonia rompiese el silencio en que se había encerrado. Acaso su canto hubiera sido lamento tristísimo, queja desgarradora que habría sembrado dudas en la conciencia, desfallecimientos en el ánimo. Quién sabe!.....

Estoy otra vez profanando el sagrado de los afectos íntimos? A qué todo esto, si hay desgracias que no pueden repararse, heridas que no cicatrizan, dolores que no tienen olvido posible?.....

“Hoja que el viento lleva, arista que el fuego devora, flor de heno secada por el aliento de la tarde”..... polvo, ceniza, va-

nidad de que sólo Dios tiene el secreto... No hay sino irse á meditar sobre esa tumba, y preguntarle, en presencia de la soledad y del silencio, qué ha sido de tanta gloria y de tantas esperanzas.....

UN HONORABLE



“DON Juan Martínez y su apreciable esposa, han regresado de su paseo á Europa, decía un periódico de estos días.

La verdad, tal noticia me causó gran sorpresa. Lo más natural, después del sacrificio monetario realizado por don Juan, era morirse. Júzguese por los datos que voy á dar.

Era él, cuando lo conocí, estudiante en la Universidad, á donde iba de tarde en tarde, metido en angostísimos pantalones, aprisionados los pies en unos zapatos más estrechos que la Regla de San Bruno; su sombrero en perpetuo penino sobre la coronia de la cabeza, hubiera dado envidia al más pintado equilibrista.

Como rasgo característico que retrata su sordidez, refiérese que, estando profundamente enamorado de una colegiala, compró, para obsequiarla, una hermosa manzana de á peseta; pero luego, meditando en

la enormidad del gasto, comióse la mitad, y la otra mitad fue para la dulcinea.

Don Juan estudiaba Derecho por capricho de sus padres, que él sólo tenía vocación para contratista. Así es que un día desapareció, y no supimos más de él hasta años después que encontramos su nombre en un periódico al pie de varios avisos. Era secretario de una sociedad, gerente de otra, director de aquella; en fin, que andaba metido en un mundo de negocios, no muy limpios quizá, pero sí muy productivos.

Cuando vi al pobre de don Juan envuelto en tantas especulaciones, sentí por él verdadera lástima, porque, pensaba, este hombre, que hasta hoy ha gozado de alguna estimación, va á ser objeto del desprecio social, en cuanto se conozcan esos manejos.

Pero qué ¡si yo no he nacido para político! mi previsión resultó fallida. Al contrario, don Juan fue adquiriendo cada día mejor nombre. De don pasó á respetable, de respetable á ilustrado, de ilustrado á distinguido caballero, y hasta hubo quien le llamara insigne prosista é inspiradísimo poeta, con motivo de haber escrito un convite, en verso, para la función de San An-

tonio, y una memoria sobre los tejes y manejes de cierta sociedad que le contaba entre sus más importantes miembros.

Tan rápida fue esta ascensión de don Juan, que á poco tiempo pescó una rica heredera, de quien se *enamorado* locamente.

Si de soltero fue hombre de orden, figúrense ustedes cómo sería de casado. Con hijos en perspectiva, pensó desde luego en atesorar, para cuando llegara el tiempo de educarlos. Los muchachos están ya crecidos; pero la mala suerte ha hecho que los colegios de hoy, (dice don Juan) sean focos de corrupción, y él prefiere tener hijos honrados é ignorantes, á ilustrados y corrompidos. Los periódicos, no son dignos de que se gaste en ellos, y los libros, no enseñan la ciencia de la vida; de manera que no compra libros ni periódicos. Al teatro iría; pero los trajes y ademanes de los cómicos no dejan de ser un tanto indecorosos; así es que no va. A ningún pobre le da limosna, porque por cada mendigo verdadero, hay diez fingidos, y él no quiere fomentar la vagancia. No es hombre don Juan que se deje engatusar por las tonterías de la moda; sobre todo, detesta los pantalones anchos y las levitas faldonas.

Ya supondrán ustedes que nuestro hombre tiene un capital desmedido y—como el dinero es para gastarse,—dice él, ha invertido una enorme suma en montar su casa á la última. Un palacio lujosamente amueblado, como que cada trasto vale más, mueho más que su dueño. El, que no es tonto, lo ha comprendido así, y en consecuencia, trata á cada silla, á cada mesa, y hasta á cada escupidera, con una veneración que ya la cogiera para sí un santo.

Fácil es de suponer que don Juan “por su orden, sus cultas maneras, su franca hospitalidad y sus sentimientos generosos, que hacen de él un cumplido caballero” * ejerce en la sociedad grandísima influencia. Tanto es así, que sus paisanos no hacen nada, sino contando antes con su beneplácito.

Últimamente ha estado en Europa, de donde ha traído un buen caudal de luces.

Por ejemplo, él notó que en *Inglaterra* toda la gente es muy orgullosa, no como en *París de Francia*, donde los criados, aunque andan con *leva*, son muy amables; que de una iglesia á otra, *hay que jalar*, pues lo menos hay catorce leguas; que hay un montón de *estuatas*; que el ejército se compone sólo de oficiales. Pero de

lo que más pagado viene, es de no haber encontrado en Europa *indios*; allá toda la gente es blanca.

La influencia de don Juan, ha crecido desmesuradamente con su viaje *al otro lado del mar*, como dice su apreciable señora. Sus paisanos adoran en él, y si, como es probable, deja, al morir, alguna parte de su capital para la iglesia de su pueblo, ya puede contar con una *estuata*.

* *Tomado de un periódico.*

DUELO.

GRACIAS que yo tengo el corazón penetrado de Dios y de su providencia, si no me echaría por lo más hondo de la duda.

Porque el orden, la justicia, la lógica de las cosas, no se ven si no de tarde en tarde, y esto, cuando han sido despedazados por todos cuantos son servidores de ese negro déspota que se llama el mal. Los malvados medran, los buenos padecen, los pícaros alcanzan larga vida, los honrados se van; los sencillos llevan á costas pesadas cruces; los perversos, desembarazados de la enorme carga de la vergüenza, andan triunfando por el mundo, haciendo una víctima de cada hombre sin manchas. Dios lo ha dispuesto así: suplan la resignación y la fe por la sabiduría, pequeña para alcanzar misterios tan duros.

* * *

Allá en Nicaragua, país para mí de recuerdos tristes y gratos, acaba de morir

Benito Ortiz, hombre raro: raro por su caridad, por su bondad, por su sencillez de corazón.

Si su muerte sólo tuviera que ver con la orfandad moral en que me ha puesto, yo me estaría metido en la soledad y en el silencio, santificando mi dolor con el sufrimiento; yo no expondría á aquel desconocido á ser profanado por las burlas de los extraños; yo no diría á nadie que una vez en que mi ánimo desfallecido me estaba empujando hacia la muerte, se me apareció él como ángel de mi guarda á darme pan para el cuerpo y cariño para el alma; yo no contaría los cuidados de padre, la ternura de hermana de la caridad, los mimos maternales empleados para sosegar mi espíritu desequilibrado; yo no contaría ¡ah! lo que aquel hombre era para los desgraciados, no es fácil de decir. Y en fin, á quién le importan los beneficios por mí recibidos? Yo sé que no tengo el corazón plebeyo, y basta.

Lo que hay aquí de necesario para los demás; lo que yo tengo obligación de referir, es que ese hombre, niño desamparado á los diez años, sin luces, sin amigos, sin más apoyo que una pobre madre desvalida, pudo, por medio de su trabajo, por

medio de su constancia inquebrantable, labrarse una cómoda posición; que su vida toda, fué culto nunca interrumpido á su viejecita; que su casa era el refugio de los errantes sin pan; que su mano era el sostén de los débiles; que su corazón era tesoro de cariño para los huérfanos; que su alma estuvo siempre al servicio de Dios y de los desgraciados.

Y estos hombres se mueren! Y estos seres luminosos se eclipsan! Y estos cristianos verdaderos desaparecen antes de tiempo! Y estos predestinados que debieran estar siempre sirviendo de ejemplo y de guía á sus semejantes, pasan como exhalaciones en cielo sombrío y tenebroso.....!

Venid, vosotros los ladrones, vosotros los ebrios, vosotros los traidores, vosotros los robadores de honras, á ver si dais razón de haber vivido tanto, de haber crecido tanto. Tenéis el alma podrida, y ostentáis la frondosidad de la encina; tenéis la conciencia fangosa, y aparecéis con la majestad del mar; tenéis monstruos en vez de ideas, y el mundo se da á vuestras palabras. Satanás está orgulloso de sus hijos.

Vivid, pues, medrad, creced, atesorad, extended las zarpas sobre el universo, has-

ta cuando el dragón sea precipitado á lo invisible del abismo.

Los buenos, esos son los que estorban, los que dañan al reinado de la iniquidad. Que se vayan.

*
* *

Esta pobreza que con tanto orgullo sobrellevamos los tontos, es causa de que muchas veces demos indicios de ingratos y descorazonados. Dios sabe que el mejor de mis triunfos, fuera volver allá á servirle como hijo á aquel que fue mi segundo padre. Por lo menos, dírame por satisfecho si, andando los años, la hermosa mentira que llaman gloria, apresada por mis esfuerzos, sirviera de recompensa á sus afanes. Pero nada: ha muerto sin saber lo que mis esperanzas le guardaban; ha muerto con el tedio de los sacrificios inútiles, y quién sabe? tal vez con el negro desaliento de los beneficios olvidados.

Pero qué? acaso no se encuentra del otro lado del sepulcro la visión clarísima de las cosas? Acaso los muertos carecen del dón de leer en las conciencias de los sobrevivientes?

De cierto que él me está mirando, escondido entre las brumas de lo invisible;

está leyendo en mi pensamiento; acaso está inspirando mis palabras, refortaleciendo mi alma con el recuerdo de sus virtudes, ahuyentando mis dudas, confortando mis pecacías en el triunfo de la justicia, ungiendo mi cabeza con el óleo de los luchadores por el bien, reforzando y santificando mi odio contra los adoradores de la mentira.

Me mira, sí me mira: está conmigo á toda hora; levanta con su fría cabeza la piedra del sepulcro y me grita: sé bueno: estas son mi recompensa..... Lo seré.

HISTORIA DE MIS VERSOS

COMENCÉ á delinquir á la edad de doce años. Ejecuté mi primer ensayo en uno de mis maestros, quien, tomando en cuenta la sana intención, me perdonó generosamente.

Más tarde, vime obligado á reincidir. Fue el caso que se llegaba á todo andar el natalicio de mi papá, y yo no tenía como felicitarlo. Qué hacer? A la hora de presentar los regalos, descargué sobre mí buen padre diez ó doce quintillas, que él resistió con la mayor impavidez. Mis hermanos me llevaron en triunfo. De ahí en adelante, por cualquier motivo disparaba mi carabina poética, de manera que á los quince años, tenía fama de consumado tirador. Cuando un muchacho empieza á versear, está perdido si Dios no hace por él un milagro. Cómo había yo de absterme? Sin más lectores que un hermano y el administrador de la finca, que

aplaudían todos mis ensayos, mimado luego por la gloria adquirida entre la rústica gente de mi pueblo, mucha suerte ha sido callarme en los momentos más críticos, cuando un verso publicado hubiera podido traerme serios disgustos. Hoy no hago versos, y espero de Dios no me deje caer en la tentación; pero ya que he podido salvarme, escribo mi historia para enseñanza y aviso saludable de los que comienzan.

A los diez y siete años me dio por hacer el romántico. Fugué de la casa y fuí á parar á Honduras, en donde si no logré llenar mis aspiraciones, pasé en cambio unos trabajos que bien merecían ponerse en verso. Y los puse lo mejor que pude. Entre todos los míos, son aquellos los más pasables; no tienen *amor*, ni *pasión*, lo cual es bastante; pero en cambio están salpicados de *destino*, *camino*, *despojos* y *abrojos*. Efectivamente, los caminos de Honduras son tan malos, que bien se puede decir que tienen abrojos; en ellos quedaron varias veces los despojos de mi traje y de mi calzado; y en cuanto al destino, tan duro estuvo allá conmigo, que ni siquiera logré conseguir el de maestro de á quince pesos.

Vuelto de mi viaje, establecíme en un pueblo de Oriente, en donde mi gloria llegó á su apogeo. Publiqué allá el primer tomo de mis versos, que anduvo de mano en mano; cuando llegaba un forastero venían á pedirme el libro, pues se consideraba como diversión de gran tono la lectura de mis poesías. A muchas se les añadía música, con lo cual acabé de hacerme célebre. En cuanto á los transeuntes, es seguro que se pagarían de mis versos; pero el hecho de que muchos no volvieron á detenerse en el pueblo, me ha traído algunas dudas sobre este particular.

Dicen que nadie es profeta en su tierra. En aquel pueblo, á pesar de la fama y de todo, mi bolsillo andaba muy escaso, más escaso de lo tolerable. Fuíme, pues, á otra parte con mi inspiración, aunque dejando á mis paisanos el libro de mis poesías. La verdad es que lo olvidé; pero como nunca me he inquietado por verso de más ó de menos, dime á componer un nuevo volumen. En vez de publicarlos, dirigí mis proyectiles sobre la que más tarde fue mi mujer. Difícil sería determinar hasta qué punto entró en su resolución de aceptarme por marido, la necesidad de poner un dique á mis desbordes

poéticos. El hecho es que nos casamos, y yo creí entonces que los versos fueron los principales rendidores de su corazón.

Todo bien pensado, sería injusto imputarme mis versos. Por niño primero, por enamorado después, no tuve, al hacerlos, verdadera conciencia de mis actos. Si desgraciadamente recayere en tan horrendo vicio, llevaré en paciencia el castigo que se me imponga.

El mecanismo de mis versos es muy sencillo: un poco de *pasión* al principio, una *palma* en medio, y al final un corazón aderezado de maneras diferentes. Otras veces la cosa se arregla con un *amor* en la punta y un *dolor* en la otra. En cuanto á metros, los usé todos: versos largos, cortos, angostos, anchos, con ajuste ó sin él. Usé también todas las rimas, y hasta inventé algunas.

Tengo en mi abono que siempre dije lo que quería decir; al revés de algunos versadores que, empleando una licencia á cada palabra, no dicen lo que se proponen. Tampoco hice versos *digitos* ó sea medidos con los dedos. Dios me ha dado bastante oído para no necesitar de ese recurso. Me gusta que el verso tenga música, mucha música, sin cuyo requisito no me

agradan, ni aun cuando sean filosóficos. No hay filosofía que me haga pasar un verso empedrado de tropezones, de esos que al leerlos dan hipo. Así es que muchos, que en concepto de los entendidos son poetas insignes, para mí no son sino...
 los sordos.

Haréis mal en pensar que mis versos son absolutamente malos. No, varios de ellos que pudieran entrar en docena ó en *grupos* *naida* con algunos de la Salvadoreña. Siendo así, ¿qué santo me tuvo de su mano para que no los imprimiera? Sucede que yo he leído los mejores poetas, se me ha afinado un tantico el gusto, y así, por grande que sea mi amor propio, he comprendido que entre los dellos y los míos, hay su bonita diferencia. De aquí deduciréis que si los malos propios no me gustan, los malos ajenos me dan gana de hacer una muerte.

Siempre será un gran mérito mío haber librado al mundo de mis versos; tanto más, cuanto que tuve periódicos á mi cargo, en época en que versaba de lo lindo.

Para concluir mi historia útilmente, diré á los que ahora versean, que puede un hombre ser muy apreciado, aunque no escriba versos. Un abogado, un médico, un

militar, un comerciante, un zapatero, pueden muy bien distinguirse en sus respectivas profesiones, sin necesidad de perpetrar *poesías*.

Si no por ellos, deben abstenerse por caridad hacia los demás. De lo contrario van á llegar á una situación muy difícil.

Es preciso cuidar, sobre todo, de los que van dedicados. No hay que echarlo á broma; un verso *bien* dirigido puede matar instantáneamente.

Ojalá que estos consejos sean atendidos: se evitarán así muchas desgracias, y yo tendré la satisfacción de que la historia de mis versos, salve á muchos que más tarde serían víctimas de los más atroces remordimientos.

PESADILLA.

Qué horrible sueño! Pasarán los años, se cubrirá de canas mi cabeza, pero este recuerdo espantoso no dejará de atormentar mi memoria.

Miseria, ansia de viajar, qué fué lo que me alejó de mi patria? no sé; pero si tengo presente que después de padecer dolores sin cuento, emprendí la vuelta á mi pueblo querido.

Por la mañana, al levantarse el sol, tomaba mi báculo, y andaba, andaba hasta que las sombras de la noche me imponían el descanso.

Una tarde, al toque de oración alcancé á ver la cruz de un campanario. Mis ojos se llenaron de lágrimas, mi corazón golpeó con fuerza, mis piernas temblorosas se doblaron, y con los brazos extendidos hacia adelante, exclamé: Patria, Patria mía: yo te saludo!..... Poco después entraba en el pueblo.

—Hermano mío: queréis dar una limosna á un pobre anciano?

—Limosna! limosna se pide el sábado; pero si hay quien responda por vos.....

Enderecé mis pasos á una opulenta casa que cerca de allí se veía. Estos serán ricos, me dije, y tendrán algo para el po-

breño, señor!— Adelante. — Señor: soy un pobre.....— Ya debéis saber las condiciones de la casa: el cuatro por ciento mensual y tres meses de plazo.

Y recorrí todo el pueblo, y no hallé nada con qué saciar el hambre cruel.

Andando, andando, llegué á la próxima ciudad.

Una hermosa señora paseaba, acompañada de sus hijos, por los alrededores.— Mi bella señora: no daréis algo á un desgraciado caminante?— Id á casa, buen hombre; mi marido es el que despacha los negocios.

A poco dí con unos señoritos. Qué elegantes, qué bien puestos! He aquí, pensé, los escogidos por Dios como depositarios de la generosidad y de todos los buenos sentimientos. Jóvenes y ricos..... ellos son los que yo necesito.— Mis queridos amiguitos: desde ayer no he comido; soy pobre y voy muy lejos.— No os conocemos, contestó uno, pero no importa: id

mañana á la calle de N. n° tantos. Yo soy el gerente y os prestaré con una sola firma. Este es favor que á nadie se dispensa; vos seréis el primero.

El hambre me estaba royendo las entrañas. Saqué del seno una pequeña cantidad de plata, recuerdo de mi madre, y la vendí por comida. Vino el otro día y me indicó el camino, con la esperanza de llegar pronto á mi pueblo natal.

Llegué: de puerta en puerta, implorando un pan, y sin encontrarlo! Casas de prendas, bancos, sociedades de ahorros, hombres de negocios, todo, menos un alma.

Cuando desfallecido por la debilidad y el desaliento iba á prorrumpir en ayes y en maldiciones, vi frente á mí un gran taller en que trabajaban innumerables obreros. Aquí es, aquí es donde encontraré hombres, pensé. Ellos son pobres, ellos saben lo que es hambre y miseria. Acercóme confiado, mas antes de que mi boca implorara el socorro, oí algo horrible que heló la sangre en mis venas y me arrancó toda esperanza.

—Mira, decía uno, no vuelvo á prestar á razón de seis centavos por un peso: si quieren, me pagarán un real por semana; el dinero está escaso.

Y todos ellos, todos hablaban de lo mismo. Eran pobres, eran compañeros de trabajo, y se explotaban sin piedad.

Un triste pensamiento se apoderó de mí. Dios mío, dije: esta patria que tanto me amas como alcanzará tu misericordia si ves esta alma muerta! Dios mío! piedad para estos infelices!

Una voz estridente careajada contestó á mis oraciones. Alcé la cabeza, y ví ¡horror! ví un gigantesco dragón negro cuyos ojos encendidos como ascuas despedían llamas de carnicia. En su enorme boca caían como en un abismo, hombres, mujeres, niños, ancianos, todos los habitantes de aquel pueblo maldito.

Más arriba el cielo estaba sombrío.....

JUSTICIA.

Cada hombre debe ser un juez.

Los hombres de buen humor son bienaventurados. Envidiable privilegio el desos que sólo perciben el lado favorable de las cosas, si por tal camino no fueran derecho á la necedad. Gente que no se altera, gente que no se encoleriza, que á todos los atropellos, á todos los asaltos, á todas las embestidas opone el escudo de la indiferencia, está llegando al cielo, si es que no ha tomado ya lugar de honor en el infierno. Si, el infierno no ha de ser reino exclusivo de los malvados, pero también de los indiferentes, como que son ellos los cebadores de los vicios, los que crecen las alas á los ruines, los que prosperan la osadía de los perversos.

Podéis velar ó dormir; eso queda á vuestra discreción; pero si el sueño se prolonga, hallaréis, al despertar, que lo blanco habrá tomado el puesto de lo negro; que el sapo se habrá empinado sobre las alturas,

en tanto que el cisne alicaído y sin aliento andará chapuceando en el lodazal; que la zarza imperará en los jardines, mientras la rosa ruegue hospitalidad á los matorra-

los indiferentes, oh pesimistas, oh escépticos, que en condición de cuentas no daréis cuando saque la hora de comparecer ante aquel que nada olvida y nada menospre-

Os callarais, y no había cargo contra vosotros; permanecierais en absoluta pasividad, y el daño no era irreparable. Pero cómo, si esta ley eterna del movimiento que rige los cuerpos y las almas os desciende de neutrales espectadores á partidarios inconscientes de todos los extravíos?

En tratándose de reprobar, el silencio sobrepasa, en ocasiones, los límites de la protesta; de tal suerte, que una boca muda pone más espanto que la palabra más enérgica. Pero no el mutismo que rie, sino el que devora en secreto las lágrimas; el silencio que arruga el entrecejo, y grita con la mirada, y asusta con las facciones contraídas, y hace morir de temor con el vislumbre de las tempestades que oculta

No me habléis de tolerancia, que tal vir-

tud sólo hemos de tenerla para los flacos, para los ignorantes, para los que caen porque sus pasos van rodeados de oscuridad. A esos, el perdón, *porque no saben lo que hacen*. Pero á menos de poseer la naturaleza semidivina del Maestro, nadie cuenta con los empedernidos transgresores de la justicia. Jesús, ah! Jesús! Los esplendores de su mirada empujan al Sol; la dulzura de su palabra sosiega las tempestades del espíritu; la pureza infinita de su alma descubre manchas en los más limpios corazones. El sí, tolera, perdona todas las caídas, y con su tolerancia aerisola toda impureza, fortalece toda debilidad, cura toda llaga, humilla toda soberbia, cicatriza toda herida, desvanece toda niebla, trueca, en fin, la escoria de las almas en oro finísimo, y bañadas en inmaculada blancura, las lleva á los pies del Todopoderoso. Si podéis acercaros á él, perdonad, tolerad; sino, sed austeros, sed inflexibles; que se oiga á través de vuestro silencio el fallo inexorable; que se vea en vuestros ojos el relampaguear del hacha que derriba los árboles podridos; que vuestra palabra sea la tempestad que esconde á las fieras en sus guaridas tenebrosas; que vuestra mano no estreche jamás sino las

manos limpias; que vuestra casa esté prohibida á los que recorren el ancha senda de los vicios; que vuestra amistad no sé dé sino á los que permanecen fieles á la virtud, á los que de sus filas han salido destruidos por la miseria ó por la igno-

ra. Digo de una vez: hay que odiar, hay que aborrecer, hay que execrar; no á los pequeños, no á los oscuros, no á los pobres de espíritu; sí á los soberbios, á los que conocen el bien y obran el mal, á los de cerebro luminoso y corazón podrido; á los que con el arte y con la ciencia y con el poder y con la gloria y con la riqueza, erigen el sombrío pedestal en que se yergue altiva, coronada de sombras, la estatua del negro rey de las tinieblas.

La justicia legal, decís; la reparación dejada á cargo de las leyes? Dónde está? Dónde reina esa diosa para ir á rendirle mi homenaje? Cuál es la fuerza de esas telarañas? Transcurridos seis mil años, quizá sea tiempo de poner en manos de las leyes el desagravio de las iniquidades que hoy día gozan de toda impunidad. A la vuelta de seis mil años, sí tendrá la justicia legal tremendos castigos para los crímenes que al presente están fuera de su jurisdic-

ción. Lo que es ahora, el ingrato, el traidor, el calumniador, el usurero, todos los infames disfrutan de regias prerrogativas; todos ellos pueden alcanzar á reyes de la tierra, como no se levanten hombres fuertes que les aplasten la cabeza. No hablo tampoco de la sanción social que si el juez injusto, prevaricador y perverso, la sociedad lo es. No, la sanción social, es la más odiosa de las mentiras; que el ofensor se escude con la audacia, y todos le rinden tributo. La víctima, esa es la que sufre el vilipendio; la que cae abrumada bajo la montaña de risa de la plebe, y plebe es la inmensa mayoría de los hombres, y como plebe juzga, y como plebe falla mientras no asome quien pueda enderazar sus estúpidas sentencias.

Cristo formuló una máxima de todo punto inaplicable al modo de ser actual de la humanidad. Llevarlo todo en paciencia, presentar la otra mejilla, rogar á Dios por el que nos escupe, no es sino el ideal que al correr de los siglos, sujetos los instintos de la bestia al predominio del espíritu, labrará el bienestar de los hombres.

Pero ahora!
La paciencia, la resignación, la humil-

dad, no hacen sino aumentar la osadía de los verdugos, de tal suerte que quien se deje atar á la columna, puede hacer cuenta que ya va camino del calvario. No es lo que se necesita; antes bien arrancar la lengua al que os escupa, ó preparar el sepulcro para que os sepultados bajo un río de

Las pobres mujeres, los faltos de inteligencia y los apocados de corazón, no harán, no podrán hacer sino presentar la otra mejilla. Los fuertes, deben poner las cosas en su punto. La espada, la pluma, no se han hecho para juguete. La espada, arma de dos filos, está propensa á lesionar la justicia en vez de volver por su triunfo; la pluma también, gracias á los más viles entre los viles; pero esos no resisten la embestida de un brazo fuerte; echarlos por tierra junto con los demás delincuentes, no es gran cosa para un alma bien templada.

Escritores, escritores! Por no querer servir de jueces, os va á salir, el día menos pensado, uno que os ponga en el infierno revueltos con los más dignos de castigo. Dante romperá la piedra de su sepulcro cuando vuestra incuria le haga imposible el sueño de la muerte, y con un látigo de

serpientes, os azotará las espaldas. Pues qué, ¿hay modo de soportar que mientras los verdugos se glorían en su obra nefanda, os estéis ahí tegiendo guirnalda para vuestras frentes, bordando sandalias para vuestros pies? Pide pan un hambriento, ¿qué os importa? estáis delirando por iacobnerías: grita un pueblo porque le sacan el diente de una fiera; qué os importa? estáis inventando palabras para adornar una sonora bagatela: el buitre de la usura se tira sobre los necesitados, les barrena el pecho, les bebe hasta la última gota de sangre; qué os importa? estáis fabricando porcelanas. Vosotros sois artistas; queréis el azul, el ritmo, la flor, el biombo chino, el jarrón oriental, el tapiz de gobelinos, la babucha turca. Bien está; pero en este mundo, ó se vive rey ó se vive esclavo: para lo primero hay que empuñar la vara de la justicia; para lo segundo, sobran medios; lo mismo se logra pulsando la lira de oro que manejando la humilde herramienta del obrero.

Siglos atrás los poderosos contaban entre sus servidores, bufones, juglares para desvanecer un poco el negro aburrimiento. Hoy, en plena civilización, no hay déspota que no posea su par de poe-

tas, su par de prosistas. Por qué no? un caballo árabe, un sable damasquino son más caros que un ruiseñor desos que saben endulzar las horas negras de los verdugos.

Yo sé que los que desdeñan ese camino tendrán por único premio la miseria y la arididad. Hay razón: esta saña, esta ira que se desborda, este anhelo de la pluma por convertirse en hacha, esta musa inquieta que ansía cortar de un golpe todas las cabezas de la Hidra, andan mal avenidos con los paladares delicados; en pugna abierta con los discernidores de la gloria y de las riquezas. Qué importa, si estamos bien con el cetro de hierro de la justicia? Ni se piense por eso que despreciamos el de la belleza, no. Todo tiene su puesto en la economía universal: la flor es tan útil como el huracán; el ruiseñor no vale menos que el león; el murmullo del arroyuelo completa la sinfonía del océano; el musgo y el cedro, la estrella y la luciérnaga, el colibrí y el águila, el céfiro y la tempestad son notas del gran canto de Dios. La nota falsa de esta inmensa armonía es el mal; el mal es el desequilibrio de la justicia; la justicia es el eterno sol que infunde vida á todas las criaturas.

Siempre que hablo de estas cosas, voy á

parar, por uno ú otro camino, á los escritores, á los poetas, como si sólo á estos estuviera encomendada la conservación del equilibrio moral. Y es que tengo tan alta idea de la inteligencia, tanto respeto por esa preciosa facultad con que Dios ha dotado á sus escogidos, que no concibo un poder poderoso sin la compañía de una razón rebotante de grandes sentimientos; no concibo el poder creador sino para ser aplicado á los ideales más altos que puede acariciar el humano espítitu. Ahora bien, ¿qué ideal más noble que este de asemejar-se al Gran Juez, dando á cada ser lo que necesita para el cumplimiento de su destino? ¿qué misión más santa que esta de abatir á los inicuos, alzar á los caídos, dar luz á los ciegos, oído á los sordos, vida, en fin, á todos los que han hambre y sed de justicia?

“Luz, luz, más luz” dice Goethe, sintiendo cómo se le cierran los ojos del alma, al peso de las sombrías tinieblas de la muerte. Luz, luz, más luz, están clamando á gritos todos los desgraciados de la tierra. Luz es justicia; justicia es la enseñanza que se da al ignorante, la limosna que se otorga al mendigo; el llanto con que repartimos el dolor de los que sufren; la pa-

labra de aliento con que se levanta al que desfallece. Cultivo á las plantas, protección á los animales, respeto á la vida de todas las criaturas, odio á todo lo negro, caridad á todo lo débil, es luz, es justicia. ¿Ahora, poetas, escritores, si esa muerte es digna de vosotros, si esa deidad merece vuestro culto ó si habéis de vivir entregados á las primorosas bagatelas que se llevan consigo la energía, el talento, la inspiración de vuestras almas.

Lo que voy apuntando es lo mismo que ya dijeron en palabras y en acciones, esos á quienes estáis rindiendo perpetuo vasallaje; los genios, astros sin ocaso que derraman sobre la humanidad el eterno resplandor de la belleza.

Acaso no está dicho todavía? Yo no sé, pero no es posible que haya pasado inadvertida esta condición perenne, atributo principalísimo que distingue á los merecedores de ese nombre sublime: genio. Si, el genio, ante todo, es adorador de lo justo.

Ahondad en las sombras de lo pasado, y veréis allá, perdido entre las brumas de la tradición, la venerable silueta de un hombre prodigioso. Es Job que comparece sobre el estercolero, rayéndose con un tiesto la podre que le envuelve. Sie-

te días y siete noches se está ese anciano formidable sin despegar los labios, y ese silencio aterrador resume todo lo trágico que puede haber en la realidad y en la ficción. Dad un día más á ese mutismo y tendréis el sarcasmo viviente, un hecho ironía, un reto espantoso, un mismo Dios. Antes de llegar al punto que rompe en grito estremecedor que hablar cielo y tierra; imprecación suelta que deja exhausto el inagotable manantial de la poesía. Ese rugido, esa tempestad disfrazada de queja, qué es sino sed de justicia, sed de reparación á todos los golpes que la fatalidad descarga sobre los miserables representados por el egregio poeta?

Dad un salto hasta la Edad Media y os encontráis con un hombre de sombrío mirar que va por las ciudades, con paso de espectro, aterrando á los malvados, temerosos de que el tremendo verdugo les arroje al abismo de donde nadie vuelve. Es Dante, el castigador de los grandes crímenes. El es poeta, pero el divino oficio de la lira le deja libre la mano vengadora con que escribe sobre la puerta del Infierno esa fatídica sentencia: "dejad aquí toda esperanza."

De nada ha servido que Bolívar, el creador de naciones, canse al tiempo y á la suer-

te en la lucha por la emancipación; de nada ha servido que Marte, encarnado en un llanero, eche despavoridos al otro lado del Atlántico á los opresores de la patria; de nada ha servido que Ricaurte, desconocido, vuelva oscuras en un momento las heroicidades romanas; de nada ha servido que Sucre, el guerrero ángel; Miranda, el gran girondino, y tantos otros consagren con su martirio la más noble de las causas. A despecho de todo, América continúa esclava, no ya de los españoles, de sus propios hijos que, llevados de la ambición y la codicia, cambian por una corona de espinas, la triunfal diadema de la virgen reina. De nada ha servido, de nada: América es pantano sin orillas, cuerpo putrefacto de donde salen los millares de gusanos que le están bebiendo la sangre. Colón se ha salido de la tumba, y caída la frente sobre el pecho, llora, llora, llora arrepentido de su obra. América, oh! América! tu herida es de muerte, estás agonizando, ya expiras, ya se oye el tético claveteo del ataúd, el sudario está listo; los grandes pueblos empuñan el arado que surca los campos malditos; la sal esterilizante va á caer sobre tu seno. Adios, América! Mas de pronto, er-

guido sobre la cima del Chimborazo aparece el dios de las venganzas, armado con una pluma. Los volcanes contienen el aliento de cíclopes; los ríos parecen correr; el mar se está inmóvil como si deseara sobre sus olas algo inmenso. Los animales permanecen en sus guaridas; los hombres han plegado sus alas, y en medio de este silencio aterrador se escucha la resonante voz de Montalvo que condena á muerte á todos los tiranos del Nuevo Mundo. El mismo descende de su trono y se hace de verdugo. Dos gritos y una carcajada, y tres monstruos ruedan por el suelo. Los demás, muertos de espanto esperan, esperan la ejecución de la sentencia llevada á término por los que han de venir obedientes al mandato del terrible juez.

A qué decir más? Justicia es la musa de los genios; ella les inspira esas creaciones prodigiosas que sobrenadan en el océano del tiempo; ella templó los grandes corazones, las almas de acero en que fracasan todas las arremetidas del mal.

Hombres: sed jueces, no transijáis, no toleréis; raed la podre, extirpar el cáncer; ese es vuestro camino; por ahí, sólo por ahí llegaréis al término de la gran jornada.

Al final está Dios.